

Alberque de noche

Canon Palomegal

MÁXIMO GORKI



ALBERGUE DE NOCHE

(EN LOS BAJOS FONDOS)

DRAMA EN CUATRO ACTOS

TRADUCCIÓN DE

RAMÓN PALOMEQUE y JUAN A. MELIÁ



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 13 DCP.º

Teléfono número 551

—
1908

PERSONAJES

MIGUEL IVANOW, patrón de la casa, 55 años.

LUCAS, caminante, 60 íd.

VASKA PEPEL, 28 íd.

CÓMICO, 40 íd.

SATÍN, 40 íd.

BUBNOW, 45 íd.

BARÓN, 32 íd.

ABRAHAM MEDWIEDEW, gendarme, tío de Basilisa y de Natacha, 50 íd.

ANDRÉS MITRITCH, cerrajero, 40 íd.

TÁRTARO, mozo de cordel, 40 íd.

ERNESTO, ídem íd., 40 íd.

ALIOSCHKA, zapatero, 20 íd.

BASILISA KARPOWNA, mujer de Miguel Ivanow, 25 íd.

NATACHA, hermana de Basilisa, 20 íd.

ANA, mujer de Andrés, 30 íd.

NASTJA, soltera, 25 íd.

KWASCHNIA, vendedora de pasteles, 40 íd.

Varios vagabundos

La acción en una gran capital de la Rusia europea. — Época actual

A Enrique Borrás

*el artista dramático español por
excelencia, en señal de admiración,
simpatía y reconocimiento,*

Los traductores.

De la presente obra se ha ocupado ya parte de la prensa madrileña, sobre todo después de estrenada la traducción francesa. No ha mucho, un diario de esta corte daba cuenta de haber llegado en Berlín á 2.500 las representaciones de *Albergue de Noche*. Poco después, en el Théâtre de l'Œuvre, de París, Eleonora Duse y Suzanne Després la ponían en escena con el título de *Dans les bas fonds*. Al italiano hace tiempo que está traducida (*L'Albergo dei Poveri*). La Sociedad «Znanié», de San Petersburgo, posee el original ruso.

Se trata, pues, de una obra que trae la sanción del Extranjero.

En castellano aún no se conocía á Máximo Gorki como autor dramático. ¿Admitirá nuestro público el teatro de Gorki como ha admitido sus novelas? Esperanzas tenemos, tanto más fundadas, cuanto que de ellas participa el maestro Borrás, que tiene motivos de conocer á dicho público.

Este insigne artista nos honra al manifestarnos, como lo ha hecho, que está en sus propósitos el ponerla en escena. Enrique Borrás no es sólo el primer actor dramático de España: con exquisita amabilidad nos atendió en las incesantes molestias que, como noveles en esta clase de trabajos, hubimos de ocasionarle, leyendo nuestra traducción, dándonos su opinión sincera, animándonos, prometiéndonos admi-

tirla en su repertorio... No se le puede incluir en el número de los que por haber llegado á la gloria se hacen inaccesibles.

En los nombres de los personajes, nos hemos apartado algo de lo hecho por los distintos traductores que ha tenido esta obra, en atención á lo difícil que sería la pronunciación de los nombres rusos. Así, por ejemplo: el nombre de Andrei Mitritch, que además tiene el seudónimo de Klechtch (tenazas), por el cual se le conoce en todas las traducciones, lo hemos reducido á Andrés; Mikhail Ivanow (a) Kostilow, es conocido por Miguel, etc. Nastja se pronunciará Nastia; Alioschka, Bubnow y Kwaschnia no son muy difíciles de decir. Por último, llamamos Ernesto á un personaje que en el original tiene el apodo de «Cuello torcido».

Por ser de fácil adquisición, recomendamos para la *mise à la scène*, las fotografías que se obtuvieron en el teatro Artístico de Moscou y que se reproducen en la edición francesa.

LOS TRADUCTORES.

Madrid, 20 diciembre 1905.



ACTO PRIMERO

Habitación subterránea, de paredes sucias: la luz, escasa, penetra por una ventana que habrá en la parte superior del lateral derecho. En el ángulo del mismo lado habrá una especie de cuarto hecho con tablas, donde duerme Pepel, con puerta al frente. Debajo de la ventana la cama de Bubnow. En el ángulo izquierdo hay una estufa rusa (especie de calorífero de mampostería de forma cúbica), de dos metros de alto. En el lateral izquierdo, junto á la estufa, puerta á la cocina, y en primer término, un pequeño yunque de cerrajero y varios útiles del mismo oficio, un cacharro de plomo abollado, unas cerraduras y dos mazos de llaves viejas, junto con una banqueta. Al foro, puerta en el centro que da á un patio; entre esta puerta y la estufa, una cama con ropas viejas y con una cortina sucia por delante. Por el espacio restante de las paredes, otras camas, todas de tablas y bajitas. En medio de la escena, una gran mesa de madera, sucia, un banco largo y á la izquierda un taburete.

ESCENA PRIMERA

BUBNOW sentado en la cama del lateral derecho, con trapos y sombreros viejos, recorta y simula fabricar gorras ó arreglar sombreros. KWASCHNIA sentada en el banco largo. BARÓN, en el extremo izquierdo del mismo banco, come un mendrugo. NASTJA sentada en el taburete, lee ensimismada un libro desencuadernado. ANDRÉS sentado entre los útiles de cerrajería, trabaja probando llaves

en las cerraduras y limándolas. SATÍN tumbado en una cama.
ANA en la suya, enferma, oculta por la cortina. CÓMICO acostado
sobre la estufa

- BARÓN Déjame continuar...
- KWAS. Te digo que no, amigo, y basta. ¿Cómo te lo he de decir? Ni á tiros me llevarás al altar.
- BUB. (A Satín.) ¿Qué estás gruñendo? (Satín pronuncia palabras ininteligibles.)
- KWAS. ¿Yo vender mi libertad á un hombre? ¿Yo echarme á las espaldas otro bribón, ahora que hago lo que quiero sin que nadie pueda decirme nada? Ni soñarlo. Ni aunque fueras un príncipe.
- AND. ¡Embustera!
- KWAS. ¿Qué?
- AND. ¡Embusteral Tú te casarás con Abraham.
- BARÓN (Quita el libro á Nastja y lee el título.) ¡Amor fatal!
¡Já, já! (Rie.)
- NAST. (Queriendo recuperar el libro.) ¡Dámelo, devuélvemelo, no te burles! (El Barón, mirándola irónico, se abanica con el libro.)
- KWAS. (A Andrés.) ¿Quién te ha permitido nunca ser tan insolente conmigo?
- BARÓN (A Nastja, dándole con el libro en la cabeza.) ¡Qué tonta eres!
- NAST. ¡Dámelo! (Lo coge.)
- AND. (A Kwaschnia) ¡La gran señora! Pues, sin embargo, no espero otra cosa.
- KWAS. ¡Claro!... ¡No faltaba más!... ¡Calla, calla, si tú casi has matado á tu mujer á palos!
- AND. ¡Detén la lengua, bruja vieja! ¡Qué te importa á tí eso!
- KWAS. ¡Ah! Te amargan las verdades...
- BARÓN (Molestado por la discusión.) ¡Ya empieza la música! ¡Nastja! Oye...
- NAST. (Sin levantar la cabeza.) ¡Qué! Déjame en paz.
- ANA (Sacando la cabeza.) ¿Es de día? Por caridad, no alborotéis... (Con voz desfallecida.)
- AND. ¿Ya estás ahí?
- ANA Todos los días amanecéis riñendo. Dejádme al menos morir en paz.
- BUB. El barullo no creo que te impida morir en paz.

- KWAS. (Acercándose á Ana.) Dí, comadre, ¿cómo has podido vivir con semejante bribón?
- ANA Dejádme en paz... dejádme...
- KWAS. Pero, ¿no estás hoy mejor del pecho, pobrecilla?
- BARÓN ¡Kwaschnia! Ya es hora de ir al mercado.
- KWAS. Pues vamos. (A Ana.) ¿Quieres un par de pastelitos calientes?
- ANA No hace falta... gracias... de veras. ¿Por qué tendré todavía que comer?
- KWAS. Sí, come, come... el calor sienta bien. Te los dejaré aquí cerca. Cuando tengas apetito los comerás... (Al Barón.) Vamos, Barón. (A Andrés.) ¡Anda de ahí, demonio! (Entra en la cocina.)
- ANA (Tose.) ¡Dios mío!
- BARÓN (Sigue á Kwaschnia silbando. Al pasar junto á Nastja le da una palmada en la nuca.) ¡Tira ese papelucho, imbécil!
- NAST. ¡Déjame, que yo no te molesto! (Sale el Barón.)
- SATÍN (Levantándose pesadamente.) ¿Quién me estuvo pegando anoche?
- BUB. ¡Qué te importa saberlo!
- SATÍN Sí... ¿Por qué me pegaron?
- EUB. ¿Jugaste á las cartas?
- SATÍN Sí.
- BUB. Pues ya lo tienes explicado.
- SATÍN ¡Estos ladrones!
- CÓM. (Incorporándose sobre la estufa.) Y el día menos pensado te despachan de una vez.
- SATÍN ¿Lo dices tú, zopenco?
- CÓM. ¿Zopenco? ¿Por qué?
- SATÍN De dos veces no iban á matarme...
- CÓM. (Con aire estúpido.) No te comprendo. ¿Por qué no podrían?
- AND. Baja de la estufa y limpia la habitación. Eres el más holgazán.
- CÓM. Eso á tí no te importa.
- AND. Ya te arreglaré Basilisa cuando venga.
- CÓM. ¡Que la lleven los demonios! Hoy le toca barrer al Barón; ahí dentro está. ¡Barón! (Llamando.)
- BARÓN (Sale.) No tengo tiempo; tengo que ir al mercado con Kwaschnia.

- CÓM. Bueno; pues vete, aunque sea á la horca... Pero el cuarto debes barrerlo tú; te corresponde hoy á tí y yo no puedo cansarme por los demás.
- BARÓN Entonces, vete al infierno. (A Nastja.) Nastja barrerá. Anda, tú, *Amor fatal*, despierta. (Le toma el libro.)
- NAST. (Levantándose.) ¡Dámelo, insolente! ¿Qué quieres? ¡Y que éste debería ser un señor!
- BARÓN (Devolviéndola el libro.) Tú, Nastja, barrerás un poco por mí, ¿verdad, hija?
- NAST. (Marchándose á la cocina.) Ya, ya; espera un poco...
- KWAS. (Desde la puerta de la cocina á Barón.) Ven ya de una vez; éstos harán la limpieza por tí... Tú, artista, (Al Cómico.) cuando tanto te están rogando, ya podrías encargarte de ella... No te romperás ninguna costilla.
- CÓM. ¡Siempre yo, eh! Esto no puede seguir. (Kwaschnia se dirige desde la puerta de la cocina á la del patio y sale. Barón entra un momento en la cocina y sigue á Kwaschnia cargado con dos grandes cestas.)
- BARÓN (Saliendo. Al Cómico.) Que barras, ¿eh? (Tanteando el peso de las cestas, aparte.) ¡Cál! ¡Si las dos pesan más!
- SATÍN (Mirándole.) Así ya se puede ser barón!

ESCENA II

DICHOS, menos KWASCHNIA y el BARÓN

- CÓM. (Bajando lentamente de la estufa.) Yo no puedo barrer porque el polvo me hace daño. Mi organismo está envenenado. (Se sienta pensativo sobre una cama.)
- SATÍN Organismo... ¡organillo querrás decir!
- ANA ¡Andrés!
- AND. ¿Qué hay de nuevo?
- ANA ¿Ha dejado Kwaschnia unos pasteles para mí? Cómetelos tú...
- AND. (Acercándose al lecho.) Y tú, ¿por qué no los comes?

- ANA No puedo. ¿Por qué los he de comer? Tú que trabajas, come.
- AND. ¿Tienes miedo? No te asustes; todavía...
- ANA ¡Cál! Me siento mal. Dentro de poco todo habrá concluído.
- AND. (Apartándose.) Puede ser que no... A veces...
(Entra en la cocina.)
- CÓM. (Distraído.) Ayer, en el hospital, me decía el médico: «El organismo de usted está envenenado por el alcohol...»
- SATÍN (Riendo.) Organillo...
- CÓM. Organillo, no; organismo.
- SATÍN ¡Bueno, hombre!
- CÓM. (Enfadado.) ¡Necio! Yo hablo con seriedad... Sí; mi organismo está envenenado porque cuando barro la habitación me hace daño el polvo...
- SATÍN Los microbios...
- BUB. ¿Qué has dicho?
- SATÍN Microbios; estas son palabras más cultas que las vuestras; vuestras expresiones vulgares me dan rabia; cada una de ellas la he oído repetir mil veces.
- CÓM. «Palabras, nada más que palabras», dice *Hamlet*. Yo recitaba el papel del sepulturero.
- AND. ¿Por qué no recitas un poco con la escoba?
- CÓM. No seas imbécil. (Declama, dándose con el puño en el pecho.) «¡Ofelia, acuérdate de mí en tus plegarias!» (Andrés enciende la pipa y se pone de nuevo á trabajar, dejando sentir la lima.)
- SATÍN A mí me gustan las palabras raras, incomprendibles. Cuando yo era joven estuve empleado en Telégrafos y he leído muchos libros...
- BUB. ¿Has sido también telegrafista?
- SATÍN Sí; hay libros magníficos, una serie de palabras interesantes... Yo era un hombre instruído... ¿Sabes?
- BUB. Lo has dicho ya cien veces. Todos se entusiasman con lo que han sido. Yo, por ejemplo, era peletero, tenía una tienda, y mis brazos estaban amarillos del tinte. Yo teñía las pieles, ¿entiendes? Amarillos hasta

- el codo. Yo creía que en mi vida llegaría á vérmelos limpios, que moriría con las manos amarillas... Pues, ya ves; estoy vivo todavía y las manos sólo las tengo sucias.
- SATÍN
BUB. ¿Y qué más?
Pues nada más.
- SATÍN
BUB. Y, ¿qué has querido decir con eso?
Es un ejemplo... En lo exterior, puede uno ir todo lo pintado que quiera... después, todo pasa, todo desaparece.
- SATÍN
CÓM. ¡Ay! Me duelen los huesos.
(sentándose y como atontado.) La instrucción es una tontería. Lo principal es el talento... Yo conocí un artista que apenas sabía aprenderse un papel; pero de tal modo encarnaba sus héroes, que cuando declamaba, estallaba el teatro en aplausos.
- SATÍN
BUB. Bubnow, dame cinco kopeks.
CÓM. No tengo más que dos.
Lo necesario al artista es talento. Talento y confianza en sí mismo, en sus propias fuerzas.
- SATÍN (Al Cómico.) Dame cinco kopeks y me creeré que eres un talento, un héroe, un cocodrilo, un brigadier!... (Volviéndose á Andrés.) Andrés, vengan cinco kopeks.
AND. ¡Vete al diablo!
ANA ¡Andrés!... Aquí me ahogo. No puedo respirar.
- AND. ¿Y qué le voy á hacer yo?
BUB. Abre la puerta del patio.
AND. Abrela tú; que yo no estoy por levantarme ahora.
- BUB. Por mí, déjala como está. Tu mujer es quien lo pide.
- SATÍN (Aparte, tentándose la cabeza.) Me duele la cabeza. ¿Por qué pegará todo el mundo en la cabeza?
- BUB. También se pega en otras partes. (Levantándose.) Voy á comprar alambre. Nuestros patrones no se han dejado ver hoy todavía. ¡Si habrán reventado ya! (Sale al patio Pausa. Ana tose. Satín, con las manos por detrás de la cabeza, queda inmóvil. Cómico se acerca despacio á Ana.)

CÓM. (A Ana.) ¿Qué tal? ¿Mal?
ANA Aquí me ahogo. .
CÓM. Si quieres, te llevaré al patio. Levántate.
(La ayuda á levantarse y le echa por los hombros un chal viejísimo.) Vamos, vamos, valor. ¡Adelante! (Se encaminan al patio) También yo estoy enfermo: yo estoy envenenado por el alcohol.

ESCENA III

SATÍN, ANDRÉS, CÓMICO y MIGUEL, que entra

MIG. (Encontrándose con Ana y Cómico.) ¿Vais de paseo? (A los demás.) ¡Qué hermosa pareja!
CÓM. (saliendo.) Déjanos en paz. ¿No ves que somos los inválidos?
MIG. Ustedes dispensen. (Entra murmurando un canto monótono. Escudriña la habitación, desconfiado. Mira con insistencia el cuarto de Pepel. Andrés, le observa de reojo, aparentando trabajar, dando golpes en una cerradura y limando.) Y tú... trabajas, ¿eh?
AND. ¿Qué?
MIG. ¿Que si trabajas?... (sigue observando y prestando oído como si espíase. Habla entre sí.) No me cabe duda... ¿Qué querría decir?... (En voz baja.) Mi mujer, ¿no ha estado aquí?
AND. No la he visto. (Pausa.)
MIG. (Natural.) Mucho espacio me ocupas tú por dos rublos al mes: la cama, allí; tú, siempre aquí, con los chismes. Ocupas por valor de cinco rublos. Voy á tener que aumentarte el alquiler en medio rublo.
AND. Haz lo que quieras; échame un cordel al cuello y extrangúlame... Estás próximo á reventar y sólo piensas en hacer dinero.
MIG. No hay necesidad de extrangularte. Vive, en nombre de Dios y en su gracia... Yo te aumento medio rublo, compro aceite para la lámpara bendita y mi ofrenda arde ante la imagen sagrada en expiación de mis pecados y también de los tuyos... ¿Tú no pien-

sas en tus pecados? ¡Ay, Andrés! ¡Qué mal hombre eres! Tu mujer se está consumiendo: á eso la has reducido. Ninguno te puede ver, nadie te quiere; tu trabajo molesta á todos...

AND. (Malhumorado.) ¿Has venido á tomarla conmigo? (Satín murmura sordamente. Miguel se acerca á él.)

MIG. ¿Qué te importa á tí de esto? (A Satín.)

CÓM. (Entrando.) He llevado á la pobre al patio y la he envuelto bien.

MIG. ¡Buen chico! Eso te honra y será tenido en cuenta.

CÓM. ¿Cuándo?

MIG. En la otra vida, hermano. Allí todo se tiene en cuenta. Lo bueno y lo malo.

CÓM. ¿Y si tú ahora, aquí, me recompensases por mi buen corazón?

MIG. ¿Qué puedo yo hacer?

CÓM. Rebajar mi deuda á la mitad.

MIG. ¿Eh? ¿Ya estás con tus burlitas? ¡Bribón! Siempre de broma... ¿Acaso se puede pagar con dinero el buen corazón? El buen corazón vale más que todos los tesoros del mundo.. Tú deuda... ¿por qué no has de pagarla? El buen corazón estás obligado á ofrecerlo gratis...

CÓM. (Marchándose á la cocina.) ¡Buen pájaro estás tú, vejestorio! (Andrés se levanta y sale al patio.)

MIG. (A Satín.) ¿Se ha ido el cerrajero? No me puede sufrir, ¿verdad?

SATÍN Sólo el diablo puede sufrirte.

MIG. (Con hipocresía.) No te enfades conmigo... Yo os aprecio á todos, pobres hermanos, vagabundos, pordioseros, abandonados... (De pronto.) Oye, ¿está Pepel en casa?

SATÍN Míralo.

MIG. (Se acerca al cuarto de Pepel y golpea con los nudillos.) ¡Pepel! (El Cómico aparece en la puerta de la cocina.)

PEPEL (Desde dentro.) ¿Quién llama?

MIG. Soy yo, Pepel.

PEPEL ¿Qué quieres?

MIG. Abreme.

SATÍN (Sin mirar á Miguel.) ¡Cómo ha de abrir si está ella dentro! (Cómico se acerca para ver.)
MIG. (A Satín, agitado y en voz baja.) ¿Eh? ¿Quién está ahí dentro? ¿Qué has dicho?
SATÍN ¿Hablas conmigo?
MIG. ¿Qué has dicho?
SATÍN Nada... hablaba yo solo.
MIG. Ten cuidado de no burlarte demasiado... ¿estamos? (Vuelve á golpear en la puerta.) ¡Pepe!

ESCENA IV

DICHOS y PEPEL, que sale de su cuarto

PEPEL (Abriendo.) ¿Qué quieres, hombre?
MIG. (Espionando el interior del cuarto.) Te buscaba...
PEPEL ¿Traes el dinero?
MIG. Tengo que hablarte.
PEPEL ¿Traes el dinero?
MIG. ¿Qué dinero?
PEPEL Los siete rublos del reloj.
MIG. ¿De qué reloj? ¡Ah! pero...
PEPEL Sí, hombre; acuérdate. Ayer te vendí un reloj ante testigos por diez rublos. Me diste tres; dame ahora los otros siete. (Miguel escudriña con la vista el interior del cuarto.) Anda, pronto, sácalos... ¿Qué miras ahí dentro? Vienes á molestar y te olvidas de lo más importante...
MIG. Es que... No te enfades, pero el reloj, era...
PEPEL Robado.
MIG. Y yo no compro nunca cosas robadas. (Con tono grave.)
PEPEL (Cogiéndole por un brazo y zarandeándole.) Entonces, ¿por qué vienes á mí?
MIG. Yo... no... Bueno, déjame; me marcho.
PEPEL Sí, vete; pero trae el dinero.
MIG. (Saliendo al patio.) ¡Oh! ¡Qué canalla! ¡Oh! (Sale.)

ESCENA V

SATÍN, PEPEL, CÓMICO y después ANDRÉS

- SATÍN ¡Bien, bien! Así me gusta.
CÓM. Esto parece un sainete.
PEPEL ¿Qué es lo que quería?
SATÍN (Riendo.) Pero, ¿no lo has comprendido todavía? Buscaba á su mujer... Dí, ¿por qué no le mandas al otro barrio?
PEPEL No estoy dispuesto á comprometerme por un tipo semejante. ¡Quiá, hombre!
SATÍN Con buena maña le largas un... Y luego te casas con Basilisa, y así resultas nuestro patrón.
PEPEL ¡Pues buena la íbamos á hacer! Siempre estaríais aquí borrachos... y yo soy demasiado tierno de corazón para con vosotros. (Pausa. Se sienta en una cama.) Ese viejo Satanás me ha despertado cuando estaba en el mejor sueño. Precisamente estaba soñando que pescaba con sedal. De pronto pica en el anzuelo un sollo colosal: sólo en sueños se comprende un sollo de ese tamaño. Yo tiraba, tiraba; hasta temía que se rompiese el hilo. Y cuando faltaba poco para sacarlo y preparaba la bolsa pensando...
SATÍN (Interrumpiendo.) Resulta que no era un sollo, sino Basilisa.
CÓM. ¡Quiá! Esa ya la tiene pescada hace tiempo.
PEPEL (Enfadado.) ¡Ídos al infierno vosotros y ella!
AND. (Entrando.) Hace un frío de perros.
CÓM. ¿Por qué no traes á tu mujer? Ahí fuera se va á helar.
AND. Natacha se la ha llevado á la cocina.
CÓM. Pero el viejo la echará de allí.
AND. (Sentándose á trabajar.) Ya la traerá Natacha.
SATÍN Pepel, dame un sueldo.
CÓM. ¡Qué, un sueldo! Pepel, danos veinte kopeks.
PEPEL (Al Cómic.) Toma. (Le da una moneda.) Si no os lo doy acabareis por pedirme un rublo.

- SATÍN ¡Bravo! No hay en el mundo gente tan honrada como los ladrones.
- AND. Porque llegan fácilmente al dinero, ¿verdad? No trabajan...
- SATÍN Al dinero llegan muchos fácilmente; pero son pocos los que saben fácilmente desprenderse de él... ¡Trabajo! Haz que el trabajo proporcione algo de placer, y quizás yo mismo llegue á trabajar. Cuando el trabajo gusta, la vida es hermosa; pero cuando el trabajo es obligatorio, la vida resulta una esclavitud. (Al Cómico.) Ven, Sardanápalo. Cómico, vamos. ¡Nabucodonosor! ¡Yo quiero emborracharme por cuarenta mil! (Sale con el Cómico.)

ESCENA VI

PEPEL, ANDRÉS y después BUBNOW

- PEPEL Bueno, ¿y qué hace tu mujer?
- AND. Está para morirse de un momento á otro, á lo que parece. (Pausa.)
- PEPEL Cuanto más te observo menos comprendo por qué trabajas.
- AND. ¿Y qué voy á hacer?
- PEPEL Nada.
- AND. Y entonces, ¿de qué voy á vivir?
- PEPEL Ya ves á esos; todos viven.
- AND. ¿Esos? ¿Te refieres á ese grupo de pordioseros, ladrones, holgazanes? ¡Buena gente! Me da vergüenza verme entre ellos. Yo soy un trabajador; desde niño he trabajado siempre. ¿Crees tú que no conseguiré salir de esta habitación? ¡Ya lo creo! Aunque tuviese que dejar pedazos de mi carne. Ya saldré; deja que se muera mi mujer. Llevo aquí medio año y ya me parece un siglo.
- PEPEL No sabes lo que dices. Ninguno es peor que tú.
- AND. ¿Que no? Esos no tienen honor... ni conciencia...
- PEPEL (Con indiferencia.) ¿Y qué iban á hacer con el

honor y la conciencia? No les servirían ni para cubrirse los pies cuando hiela. Honor y conciencia sólo sirven para los que tienen el poder y la fuerza.

BUB. (Entrando.) ¡Brr, brr! ¡Qué frío!

PEPEL Dí, Bubnow, ¿tienes tú conciencia?

BUB. ¿Conciencia? (Extrañado.)

PEPEL Sí.

BUB. ¿Y de qué me serviría la conciencia? Yo no soy rico.

PEPEL (A Andrés.) ¿Qué te decía? Honor y conciencia sólo sirven para los ricos... (A Bubnow.) ¡Y Andrés que hace un momento nos despreciaba porque no teníamos conciencia!

BUB. Querría que le prestásemos algo...

PEPEL Tiene bastante con la suya.

BUB. Pues si quieres venderla, aquí nadie querrá comprártela. Si fueran unas botas viejas de piel, yo mismo te las compraría... pero al fiado, se entiende.

PEPEL (Con tono doctoral.) ¡Qué imbécil eres, Andrés! Pregúntales á Satín ó al Barón que piensan de la conciencia...

AND. No me importa saberlo.

PEPEL Ésos, aunque borrachos, han corrido más mundo que tú.

BUB. Un sabio que se emborracha, vale el doble.

PEPEL Satín dice: todos quieren que los demás tengan conciencia, mientras que á nadie le gusta tenerla. Así es el mundo.

ESCENA VII

DICHOS, NATACHA y LUCAS. Natacha entra seguida de Lucas, quien se apoya en un bastón de peregrino, lleva á las espaldas una bolsa de piel y colgando de la cintura una cacerola y un puchero de latón

LUCAS (Entrando.) Buenos días á toda la compañía.

PEPEL (Atusándose el bigote.) ¡Hola, Natacha!

NAT. (Presentando á Lucas.) Aquí os traigo un nuevo inquilino.

- LUCAS (A Bubnov.) Yo aprecio á todo el mundo hasta á los bribones. Para mí, una pulga bien vale otra; todas son negras y todas saltan... (A Natacha.) ¿Dónde he de colocarme, hija mía?
- NAT. (Señalándole la cocina.) Allí, buen hombre.
- LUCAS Gracias, hija; allí me gusta. A los viejos nos conviene siempre estar cerca del calor. (Sale por la cocina.)
- PEPEL (A Natacha.) ¡Qué viejecillo tan divertido nos has traído!
- NAT. Más que vosotros. (A Andrés.) Tu mujer está con nosotras en la cocina. Dentro de poco vé á buscarla.
- AND. Bueno, ya iré.
- NAT. Poco te va á durar. Deberías ser algo más amable con ella.
- AND. Ya lo sé.
- NAT. ¿Lo sabes? Pero no basta... Hay que ver lo que es morirse. Es cosa horrible...
- PEPEL A mí no me da miedo la muerte.
- NAT. (A Pepel.) Quien tiene tanto valor...
- PEPEL Yo no sé lo que es miedo...; ahora mismo quisiera morir aquí, en este instante. Coge un cuchillo y hiéreme en el corazón; no lanzaré ni un gemido. Al contrario; será para mí una felicidad morir á manos de un ser inocente.
- NAT. (Marchándose.) Bueno, bueno. Ya estás tú buena pieza. (A Andrés desde la puerta del patio.) Tú, Andrés, no te olvides de tu mujer.
- AND. Está bien. (Sale Natacha.)
- PEPEL ¡Magnífica mujer!
- BUB. Sí que es una buena muchacha.
- PEPEL Pero, ¿por qué está así conmigo? No quiere ocuparse de mí, y, sin embargo, acabará por perderse. Parece que tiene miedo de mí.
- BUB. Como la oveja del lobo.
- PEPEL No te burles... Aquí no se encuentra bien; ya lo he observado.
- AND. Si Basilisa te ve con ella, puede que entonces seas tú el que se encuentre mal aquí.
- BUB. Basilisa no se deja quitar el bocado de la boca... Es carne de galera...

- PEPEL (Tendiéndose en una cama.) ¡Que os lleve el demonio, profetas de desgracias!
- AND. Ya lo verás.
- LUCAS (Desde la cocina, cantando.)
En la noche triste y negra
ni un sendero se descubre...
- AND. (Yéndose por el patio.) Ahora empieza á ladrar ese. Sólo faltaba él...
- PEPEL Yo me aburro. Y, ¿por qué? Se vive, se vive... y aunque las cosas marchan bien, hay veces que me aburro soberanamente.
- BUB. (Incrédulo.) Te aburres, ¿eh?
- PEPEL Es claro.
- LUCAS (Cantando.)
Ni un sendero se descubre...
- PEPEL ¡Eh! Tú, viejo, cállate.
- LUCAS (saliendo.) ¿Va conmigo eso?
- PEPEL Sí, contigo. No molestes.
- LUCAS (Acercándose á él.) ¿No te gusta oír cantar?
- PEPEL Cuando lo hacen bien, si me gusta.
- LUCAS Entonces es que yo no lo hago bien.
- PEPEL ¡Claro que no!
- LUCAS ¡Vaya! Y yo que creía que sí... Siempre ocurre lo mismo; el hombre piensa para sí: esto lo he hecho á maravilla, y luego resulta que la gente protesta porque no le ha gustado.
- PEPEL (Riéndose.) Pues eso mismo.
- BUB. (Por Pepel.) ¡Anda, éstel! Dice que se aburre y se está riendo.
- PEPEL ¿Qué dices tú, cuervo viejo?
- LUCAS ¿Quién se aburre?
- PEPEL Yo.

ESCENA VIII

PEPEL, ANDRÉS, BUBNOW, LUCAS y BARÓN que entra

- LUCAS Pues mira: en la cocina hay una muchacha leyendo un libro y llorando. ¡De veras! Yo le he preguntado: ¿Por qué lloras, alma mía? Y ella me ha dicho: ¡Me da tanta pena de las gentes del libro!... (Barón escucha.) Pues

yo creo que leyendo puede un hombre pasar el tiempo, ¿no? Y hasta me parece que el aburrimiento.

BARÓN

Esa es tonta.

PEPEL

Barón, ¿has bebido ya el te?

BARÓN

Sí, ¿qué quieres?

PEPEL

¿Quieres un cuartillo de aguardiente?

BARÓN

(Contento.) ¡Claro que sí!

PEPEL

Pues ponte en cuatro patas y ládra.

BARÓN

¡Imbécil! ¿Quién te crees que eres? ¿Un señor? ¿Un burgués? ¿O es que estás ya con la borrachera?

PEPEL

¡Anda! Si es que quiero divertirme. ¿No eres tú el señor? Hubo un tiempo en que no nos considerabas ni siquiera como hombres.

BARÓN

¿Y qué?

PEPEL

¡Nada! Ahora soy yo bastante para hacerte ladrar como un mastín. ¿Quieres hacerlo?

BARÓN

Por mi parte no tengo inconveniente... ¡Con qué poco te diviertes! ¡Y que yo haya descendido hasta más abajo que tú! En otros tiempos debiste intentar hacerme andar á gatas. Antes, cuando yo no era tu igual.

BUB.

Tiene razón.

LUCAS

Eso creo yo.

BUB.

Lo que fué, fué. Ahora no adelanta nada con lo que haya sido. Aquí no se reconocen señores. El hábito ha desaparecido y queda sólo el monje... el hombre desnudo.

LUCAS

Es decir, todos iguales. (Al Barón.) Entonces, tú, en un tiempo, ¿fuiste barón?

BARÓN

(A Pepel.) ¿Qué pájaro es éste? (A Lucas.) ¿Y tú quien eres, vejestorio?

LUCAS

(Riendo.) Yo había visto un conde y hasta un príncipe... però es la primera vez que veo un barón... ¡y tan averiado! ¡Ay, amigos!... (Serio.) También yo, cuando me veo aquí... llevando esta vida...

BARÓN

¡Claro! La hay mejor. Yo, por ejemplo, cuando me despertaba por la mañana tomaba café en la cama... café con manteca.

LUCAS

Y, sin embargo, eres un hombre como los

- demás. No te hagas ilusiones; hombre has nacido y hombre morirás.
- BARÓN Dí, viejo, ¿quién eres tú? ¿De dónde vienes? ¿Eres acaso un peregrino?
- LUCAS Todos somos peregrinos en este mundo. Y hasta he oído decir que nuestro mundo no es más que un peregrino en los espacios del cielo.
- BARÓN (Grave.) Bueno, pero... ¿al menos tendrás pasaporte?
- LUCAS ¡Caramba! ¿Pues quién eres? ¿eres algún policía disfrazado? (Pepel y Bubnow sueltan una carcajada.)
- PEPEL ¡Bien dicho, viejo! Anda, Barón vuelve por otra.
- BUB ¿Ya no sabes qué responder? (Al Barón.)
- BARÓN (Corrido.) ¡Bueno! Pero si ha sido una broma, compadre... ¡Papeles! Tampoco los tengo yo.
- BUB No mientas.
- BARÓN Es decir, papeles tengo. Pero son para engañar á los tontos.
- LUCAS Todos los papeles sirven para eso.
- PEPEL (Dirigiéndose al patio.) Ven, Barón; vamos á beber.
- BARÓN Voy en seguida. Hasta la vista, compadre. (A Lucas.) Eres listo.
- LUCAS ¡Pché!
- PEPEL (Desde la puerta del patio.) VAMOS. (Salen Pepel y el Barón.)
- LUCAS ¿Es verdad que ese hombre ha sido barón?
- BUB. ¿Quién sabe? Lo que sí es verdad, que de la condición de señor ha descendido hasta aquí. Y aún le quedan ganas de vestirse á lo señor...; no ha perdido el gusto.
- LUCAS Ocurre con la señoría lo que con la viruela; la persona se cura, pero queda la señal.
- BUB. Después de todo, es un buen muchacho. Únicamente algunas veces le dan ciertas ventoleras, como la de ahora con tu pasaporte.

ESCENA IX

LUCAS, BUBNOW, ALIOSCHKA; después NASTJA y BASILISA

ALIOS. (Entra con un acordeón y borracho.) ¡Hola, holgazanes!

BUB. ¿Por quién va eso?

ALIOS. Dispensad... perdonad... Yo soy un buen muchacho.

BUB. ¿Te has escapado otra vez?

ALIOS. ¡Claro, hombre! El sargento Mjedjakin, me sacó hace poco de la prevención y me dijo: ¡Que no te vea en el camino. Si no, ¡pobre de tí!.. (Pausa.) Yo soy un hombre de carácter... El patrono me grita... Es natural... Bueno, ¿y quién es el patrono? Que me busque lo que quiera ese pellejo de vino... Después de todo, yo soy un muchacho que no tiene ninguna aspiración... Yo no quiero nada; rescindiendo el contrato, y ya está. Aquí estoy por un rublo y veinte... Yo no pido nada. (Nastja aparece en la puerta de la cocina y le mira.) Si me ofreceis un millón, yo no lo quiero... Y aquel borracho, que no es más que yo, quiere imponérseme...; yo no lo puedo tolerar... (Nastja mueve la cabeza compadecida.)

LUCAS (Benévolo.) ¡Muchacho! ¿Qué estás charlando?

BUB. ¡Qué gente más irracional hay en el mundo!

ALIOS. (Se sienta en el suelo.) Comedme si quereis... Yo no pretendo nada... y estoy dispuesto á todo; pero, decidme, ¿soy por casualidad peor que los demás? ¿por qué tengo que ser peor? Mjedjakin me dice: ten cuidado que no te vea en el camino, porque puede que lo sientan tus hocicos... Pero yo saldré, y hasta me tenderé en medio de la calle para que me aplasten los coches... No quiero nada.

NAST. (Bajando.) ¡Pobre infeliz! ¡Tan joven y ya tan embrutecido!

ALIOS. (Mira á Nastja y se arrodilla delante de ella.) Señor-

- rita... *mademoiselle, parlez-vous français? Prix courant...* ¡Qué borrachera tengo! (Cae sentado.)
- NAST. (Llamando.) ¡Basilisa!
- BAS. (Desde la puerta de la cocina, á Alioschka.) ¿Estás aquí otra vez?
- ALIOS. (Levantándose con trabajo.) Buenos días... Dispéñseme... acérquese...
- BAS. Te he prohibido de una vez para siempre el volver, y ya estás aquí de nuevo...
- ALIOS. Basilisa, ¿quieres que te toque... una marcha fúnebre?
- BAS. (Sacudiéndole.) ¡Halal! ¡Fuera de aquí!
- ALIOS. (Acercándose á la puerta.) No, no; no me echés de aquí. Antes la marcha fúnebre, que la he aprendido hace poco... Es música muy nueva. Espera... (Hace sonar el acordeón.) No, así no es.
- BAS. Ya te diré yo si es así ó no; yo haré que te conozcan en todo el barrio, maldito chismoso, villano mocososo, que estás desacreditándome ante todo el mundo.
- ALIOS. (Dirigiéndose á la puerta.) Ya me voy, ya me voy.
- BAS. (A Bubnow.) Ten cuidado de que no vuelva á entrar aquí. ¿Has oído?
- BUB. ¿Soy yo centinela?
- BAS. No me importa saber lo que eres. Pero ten en cuenta que aquí vives de favor. ¿Cuánto me debes?
- BUB. No he echado la cuenta.
- BAS. Ya la echaré yo.
- ALIOS. (Desde la puerta, gritando, con ridículo acento.) ¡Basilisa Karpowna, no te temo! (Lucas ríe.)
- BAS. (A Lucas.) ¿Quién eres tú?
- LUCAS. Un caminante. Voy por el mundo.
- BAS. ¿Vas á estar aquí una noche sola ó más tiempo?
- LUCAS. Ya veremos.
- BAS. A ver el pasaporte.
- LUCAS. Ya te lo daré. Te lo llevaré á tu casa.
- BAS. (Observándole.) Un caminante... no lo pareces. Dí mejor un vagabundo.
- LUCAS. No puede decirse que tú seas una elegancia, comadre. (Basilisa se asoma al cuarto de Pepel.)
- BUB. (A Basilisa.) No está.

- BAS. ¿Quién?
BUB. ¿Quién ha de ser? ¡Pepel!
BAS. ¿Y quién te ha preguntado por él?
BUB. Le buscas por todas partes.
BAS. La limpieza, el orden, es lo que yo miro.
¿Entiendes? ¿Por qué no habeis barrido todavía? ¿Cómo os voy á decir que quiero ver siempre limpia esta habitación?
BUB. Hoy le toca al Cómico.
BAS. No me importa saber á quién le toca. Si cuando venga el inspector me multa os echo á todos á la calle.
BUB. ¿Y de qué vas á vivir después?
BAS. Que no quede ni una mota de polvo. (Dirigese á la cocina. A Nastja.) Tú, ¿qué haces ahí embobada? ¿Qué cara es esa? ¡A barrer! ¿Has visto á Natacha? ¿Ha estado aquí?
NAST. No lo sé, no la he visto.
BUB. Fué la que trajo al viejo.
BAS. Y él, ¿estaba en casa?
BUB. ¿Pepel? Claro que sí; y Natacha estuvo hablando con... Andrés.
BAS. Yo no te pregunto con quién estuvo hablando. (Irritada, mirando alrededor.) ¡Cuánta porquería! ¡Sucios! Si no poneis esto más curioso en seguida... (Sale).
BUB. Esta mujer tiene las furias encima.
LUCAS ¡Valiente tipo!
NAST. Es que con el marido que tiene no puede menos de estar siempre de mal humor.
BUB. Sí; pero es el caso que ella no se siente demasiado unida á él.
LUCAS ¿Y está siempre así de furiosa?
BUB. Es que ahora venía á visitar á su amante, ¿comprendes? y no está.
LUCAS ¿Y por eso se ha enfadado?
BUB. ¡Pché! Bueno; aquí hay que limpiar. Nastja, ¿quieres barrer tú?
NAST. ¡Claro! ¡Te has creído que soy vuestra criada! (Pausa. Excitada.) ¡Yo quisiera hoy emborracharme!
BUB. ¡Ah! Eso es una cosa muy buena.
LUCAS ¿Por qué quieres emborracharte, hija mía? Antes llorabas y ahora piensas en eso.

- NAST. Y cuando esté borracha volveré á llorar.
¿Te enteras?
- BUB. Está chiflada.
- LUCAS ¿Y qué motivos tienes? Porque todo tiene una razón. Ni un grano sale en la cara sin motivo. (Nastja mueve la cabeza.) ¡VAMOS, vamos! Hay que ser juiciosos. Bueno, voy á barrer por vosotros. ¿Adónde está la escoba?
- BUB. En el patio, detrás de la puerta. (Lucas va al patio.) Dí, Nastja...
- NAST. ¿Qué?
- BUB. ¿Por qué está Basilisa tan enfadada con Alioschka?
- NAST. Porque ha dicho que Pepel no la quiere por haber puesto los ojos en Natacha. Yo me marchó de aquí; voy á buscar otra casa.
- BUB. ¿Por qué?
- NAST. No estoy á gusto. Aquí estoy demás.
- BUB. (Riendo.) ¿Y dónde no estarás tú demás? En el fondo, todos estamos de más en el mundo. (Nastja mueve la cabeza, se levanta y sale por el patio lentamente.)

ESCENA X

BUBNOW, ABRAHAM que entra seguido de LUCAS. Después KWASCHNIA, y más tarde ANA

- ABR. (Entrando, á Lucas.) ¿Quién eres? Porque me parece que no te conozco.
- LUCAS ¿Es que conoces á todo el mundo?
- ABR. En mi distrito sí; y sin embargo á tí no te conozco.
- LUCAS Eso es porque tu distrito no se extiende por toda la tierra. Ha quedado fuera un pedacito de terreno. (Entra en la cocina.)
- ABR. Es claro; mi distrito no es grande, y el servicio es malo por lo que se refiere á ciertas cosas. Hace poco, cuando me iba á quedar libre y tranquilo he tenido que recoger á Alioschka, el zapatero. El muy borrico se había tendido en medio de la calle tocando el acordeón y gritando: «Yo no pretendo na-

da, yo no quiero nada.» Y no dejaban de pasar carros y coches, corrían caballos y podían reventarle... ¡Qué muchacho! Naturalmente, he tenido que apartarle de allí. Está medio loco...

BUB. ¿Vendrás esta noche á jugar una partida de damas?

ABR. Sí, hombre. ¿Y qué hace Pepel?

BUB. Lo de siempre... ¿Qué ha de hacer?

ABR. ¿Sigue dándose buena vida?

BUB. ¿Por qué no lo ha de hacer si tiene dinero suficiente?

ABR. ¡Ah! ¿Tiene dinero? (Con aire de duda.) ¿Lo tiene? (Lucas atraviesa la escena con un cubo y sale al patto.) ¡Psch! (Pausa.) Dicen que Pepel... ¿no has oído nada?

BUB. Yo lo oigo todo.

ABR. Que Basilisa y él... ¿Tú no has notado algo?

BUB. ¿El qué?

ABR. Tú bien lo sabes; sólo que no quieres decirlo... pero á mí no me engañes.

BUB. ¿Qué quieres decir?

ABR. A mí me parece... ¡Ah, perros! Cuentan que Pepel y Basilisa... En fin, ¿á mí qué me importa? Después de todo yo no soy su padre, sino su tío. De mí no van á reirse. (Entra Kwaschnia.) ¡Ah, estás tú aquí!

KWAS. ¡Hola, querido! (A Bubnow.) Oye, Bubnow, aquí le tienes, que acaba de hacerme otra declaración en el mercado.

BUB. No seas tonta y decídet de una vez. Tiene mucho dinero, es todo un caballero. ¿Qué más quieres?

ABR. Eso, eso.

KWAS. ¡Y qué! Es cosa que no me atrae. . Las locuras sólo se hacen una vez. Casarse significa para una mujer echarse á un estanque de agua helada. Una vez hecho, se arrepiente una para toda su vida.

ABR. Pero es que no todos los hombres son iguales.

KWAS. Pero yo sí, soy siempre igual; como mi querido marido, que el demonio conserve allá por mucho tiempo. Cuando reventó, de

contento no salí á la calle en todo el día. Estuve sentada, embobada. Me parecía mentira tanta felicidad.

ABR. ¿Por qué tolerabas que tu marido te pegase? Si hubieras recurrido á la policía...

KWAS. A Dios me quejé durante ocho años seguidos... pero de nada me sirvió.

ABR. Hoy está prohibido pegar á las mujeres. Ahora el reglamento tiene prescripciones severas. A nadie le está permitido pegar así, fríamente... Sólo se pega cuando lo exige el orden público.

LUCAS (Entra conduciendo á Ana.) ¿Ves? Ya estamos aquí. ¿Cómo te atreves á andar por ahí sola, estando enferma? ¿Dónde está tu sitio?

ANA (Indica su cama.) Gracias, abuelo.

KWAS. Ahí teneis una mujer casada. ¡Mirad! ¡

LUCAS Una criatura tan débil y tan enferma... Venía sola por el patio, apoyándose en la pared y quejándose sin cesar. ¿Por qué la dejásteis sola allí fuera?

KWAS. No nos habíamos dado cuenta. Perdona, abuelo... Su doncella debe haberse marchado de paseo. (Riendo.)

LUCAS ¿Te ríes? ¡Parece mentira que exista quien sienta tanta indiferencia hacia una criatura humana! Un ser humano, cualquiera que sea el estado á que se vea reducido, tiene siempre su valor...

ABR. Necesita mucho cuidado. Cuando menos se lo piensen se muere. (Ana se acuesta sobre la cama.) Debería tener más cuidado su marido.

LUCAS Habla usted muy bien, señor brigadier.

ABR. Yo no soy todavía brigadier.

LUCAS ¿No? Pues lo parecen. (Siéntense gritos y ruido como de lucha, por la parte del patio.)

ABR. ¿Qué pasa? ¿Hay jaleo?

BUB. Así parece.

ABR. Pues voy á ver que pasa. ¡Ah, el servicio! ¡Siempre separando á la gente cuando se pega! Cuando se cansen de gritar y sacudirse ya se separarán ellos. Sería conveniente permitir que se desahogasen: así se pegarían

con menos frecuencia porque los golpes se sentirían más.

BUB.

¿Por qué no lo propones á tus jefes?

MIG.

(Abre la pueria del patio y grita.) ¡Abraham! Ven pronto, que está Basilisa pegando á Natacha. ¡Corre! (Salen Kwaschnia, Abraham y Bubnow. Lucas los mira, moviendo la cabeza.)

ANA

¡Dios mío! ¡Pobre Natacha!

LUCAS

¿Quiénes se pegan?

ANA

La patrona... ¡Dos hermanas!

LUCAS

Y, ¿Qué motivos tienen? (Acércase á Ana.)

ANA

Nada... Es que... están bien sanas... y bien alimentadas...

LUCAS

Y tú, ¿cómo te llamas?

ANA

Me llamo Ana... Cuando te miro así... te pareces todo á mi padre... Eres tan afectuoso y tan blanco como el...

LUCAS

Es que el mundo me ha baqueteado de tal modo que me he puesto así... ¡tan blanco! (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior. Es de noche. Sobre la mesa hay una luz y junto á la cama de Bubnow, colgando de la pared, otra.

ESCENA PRIMERA

BARÓN, SATÍN, ERNESTO y el TÁRTARO, jugando á las cartas, en la mesa. ANDRÉS y CÓMICO les miran. ABRAHAM y BUBNOW junto á la cama de éste, juegan á las damas. LUCAS, sentado en el taburete, junto á ANA, que está en su cama

TÁR. Juego otra mano y basta.

BUB. Ernesto, canta aquello de
«Sale el sol, después se pone...
Queda oscura la prisión...»

ERN. Si cantando ganase...

TÁR. (A satín.) Baraja, pero no hagas trampas...
Ya sabemos qué clase de compañero eres.

BUB. }
ERN. } (Cantando juntos.)

«Día y noche despierto... ¡ay de mí!
el centinela vigilando está.»

ANA Palos y enfermedades... eso han sido mis ganancias desde que nací.

LUCAS ¡Pobre mujer!... No te aflijas tanto...

ABR. ¿Adónde mueves? Presta atención.

BUB. ¿Sí? ¿fues mira: así, así y así. (suenan las damas.)

- TÁR. (Dando un puñetazo á Satín.) Tú escondes las cartas: lo he visto. Tú...
- ERN. Déjale, lo mismo nos da... Canta, Bubnow.
- ANA Yo no me acuerdo de haber comido nunca bastante... cada bocado de pan he tenido que tragarlo entre el temblor y el miedo; he tenido que temblar y llorar para apenas comer. Toda mi vida he ido cubierta de andrajos... toda mi desdichada vida. ¿Por qué todo esto?
- LUCAS Estás cansada, pobre niña, ¿verdad?
- CÓM. (A Ernesto.) Juega la sota.
- BARÓN Y nosotros tenemos el rey.
- AND. Estos siempre ganan.
- SATÍN Ya estamos acostumbrados.
- ABR. Una dama.
- BUB. También tengo yo una... aquí.
- ANA Yo me muero.
- AND. (Al Tártaro.) Allí, mira... Tira las cartas... Tíralas, te digo.
- CÓM. Déjale que ya sabe lo que se hace.
- BARÓN Mira, Andrés, que te pongo de patitas en la calle.
- TÁR. Sí, reiros... Tanto va el cántaro á la fuente, que se rompe. Así me ocurre á mí... (Andrés se acerca á Bubnow moviendo la cabeza.)
- ANA A menudo pienso: ¡Dios mío! ¿debo también allá, en la otra vida, sufrir tormentos semejantes?
- LUCAS No... No sufrirás. Descansa tranquila y calla; no te aflijas... Allí encontrarás la paz... Ten paciencia otro poquito... todo se debe sufrir, querida mía... Cada uno tiene su modo de pasar la vida. (Se levanta y va á la cocina.)
- BUB. (Canta.) «Mirad cuanto os plazca».
- ERN. (Idem.) «También yo alcanzaré mi libertad».
- LOS DOS (A dúo.) «Ahora no puedo romper las cadenas, ni los muros tampoco escalar.»
- TÁR. ¡Ojo! Se ha metido una carta en la manga.
- BARÓN (Con embarazo.) ¡Y qué! ¿Voy á metérmela en las narices?
- CÓM. (A Tártaro con convicción.) Te has equivocado, príncipe, nadie ha pensado en ello.

- TÁR. Lo he visto yo. ¡Es un tramposo!... Yo no juego más...
- SATÍN (Barajando las cartas.) Entonces vete por tu camino... Que somos tramposos ya lo sabías. ¿Por qué juegas con nosotros?
- BARÓN ¡Ha perdido apenas cuarenta kopeks y arma un ruido de tres rublos!... ¡Y que éste quiera ser un príncipe!
- TÁR. (Vehemente.) Hay que jugar como es debido.
- SATÍN ¿Y por qué?
- TÁR. ¿No sabes por qué?
- SATÍN Yo no, ¿y tú?
- TÁR. ¡Bah! (Escupe con desprecio. Todos se ríen de él.)
- ERN. (Irónico) ¡Qué ridículo eres, Tártaro! ¿No comprendes que si éstos empeza-en á vivir honradamente á los tres días se morirían de hambre?
- TÁR. ¡Qué me importa á mí de eso! Hay que vivir honradamente.
- ERN. Siempre repites lo mismo. Mejor sería que nos fuéramos á beber el te. ¿Vamos, Rubnow?
- BUB. (Cantando.)
«Las pesadas cadenas de hierro
y el centinela que mirando está.»
- ERN. Vente, Tártaro. (Sale cantando.)
«No podré destrozarlas jamás.»
- SATÍN (Tártaro da un empujón al Barón y sigue á Ernesto.) (Al Barón, riendo.) ¡Y bien, excelencia... por otra vez hemos quedado en el más solemne ridículo!... ¡Y que quieras pasar por hombre instruído cuando no sabes coger una carta!
- BARÓN (Encogiéndose de hombros.) El demonio sabe cómo aquella carta...
- CÓM. No tienes talento, no tienes amor propio, y, sobre todo, nunca tienes razón.
- ABR. Yo tengo una dama... y tú dos...
- BUB. Puedes tener otra si juegas bien Tú mueves...
- AND. Has perdido la partida, Abraham.
- ABR. ¡Eso no te importa! ¿Entiendes? Quietecita la lengua, ¿eh? que soy gendarme.
- SATÍN Cincuenta y tres kopeks ganados.
- CÓM. Los tres kopeks son para mí... ¿pero qué hago yo con tres kopeks?

- LUCAS (Saliendo de la cocina.) Habéis limpiado al Tártaro y ahora vais á beberos una copa, ¿eh?
- BARÓN Vente con nosotros. (A Lucas.)
- SATÍN Quisiera verte borracho una vez.
- LUCAS ¡Clarol Pero, ¿no sería mejor que cuando estoy en ayunas...?
- CÓM. Ven, viejo, que quiero cantarte un par de *cuplés* muy bonitos...
- LUCAS ¿*Cuplés*? ¿qué es eso?
- CÓM. Poesías... ¿Comprendes ahora?
- LUCAS ¿Poesías? ¿Qué hago yo con las poesías?
- CÓM. Hombre... son alegres... alguna vez tristes...
- SATÍN Vamos, vente, *cupletista*. (Sale con el Barón.)
- CÓM. Os alcanzo en seguida. (A Lucas) Mira, por ejemplo, una: (Tararea.)
«Un vejete se acerca á una niña...»
¿Cómo empieza?... Pues ya lo he olvidado. (Se da palmadas en la frente.)
- BUB. Tu dama no hace nada... Mueve.
- ABR. ¡Maldición! ¡Otra! ¿Por qué no habré movido allí?
- CÓM. Antes, cuando, mi organismo no estaba envenenado por el alcohol, tenía una memoria sorprendente... Ahora todo ha concluido para mí... Esta poesía la he recitado siempre con gran éxito, entre frenéticos aplausos... Seguramente tú no sabes lo que significan los aplausos. Son como el aguardiente, hermano mío. Cuando yo recitaba en esta postura, (Se coloca en actitud de declamar.) y después movía... y... (Esforzándose por recordar.) Ya no sé nada... ni siquiera me acuerdo de una palabra, y sin embargo era mi poesía predilecta. ¿No es verdad que esto es horrible?
- LUCAS Francamente, es doloroso. Si tú olvidas aquello que tienes en más estima... Nuestra alma está en aquello que ama.
- CÓM. El alma me la he bebido, abuelo, yo soy un hombre perdido. ¿Y por qué estoy perdido? Por no creer ya en mí mismo.
- LUCAS ¿Y por qué? Déjate curar. Hoy se curan hasta los alcoholizados; se curan gratuitamente con amor fraternal... Se ha fundado un sa-

natorio para bebedores... Allí, según se asegura, se curan gratuitamente. Se ha reconocido, ¿comprendes? que también un borracho es un hombre. Y se consideran felices cuando uno va allí y quiere dejarse curar. Vé allí.

CÓM.

(Pensativo.) ¿Dónde, dónde está?

LUCAS

Está en una ciudad... ¿Cómo se llama? Es un nombre tan conocido... Luego te lo diré. Pero ten cuidado; debes prepararte desde ahora... Sé sobrio, ponte en cura con todas tus fuerzas y mantente en ella luego... Y cuando estés curado comenzará para tí una nueva existencia... ¿No es una cosa hermosa una nueva existencia? Ahora, decidete: á la una, á las dos, á las tres...

CÓM.

(Riendo.) Una nueva existencia... ¿Desde el principio? Sí. ¡Será hermoso! ¿Lo dices de veras? Una vida nueva. Y bien... sí, debo intentarlo... lo intentaré.

LUCAS

¿Y por qué no? El hombre puede todo lo que quiere.

CÓM.

(De repente, como si despertase.) ¡Já, já! ¡Qué cosas tienes! Eres original y divertido... Consérvate bueno, vejete... Que te vaya bien. (Sale silbando.)

ANA

Abuelo.

LUCAS

¿Qué hay, hija?

ANA

Habla un poquito conmigo.

LUCAS

(Acercándose.) Muy bien; hablaremos un rato juntos. (Andrés se levanta, va silencioso hasta el lecho y acciona como si quisiera decir algo.) ¿Qué quieres, hermano?

AND.

(En voz baja.) Nada. (Se va lentamente hacia el patio; se detiene y después sale.)

LUCAS

(Que le ha seguido con la mirada.) Tu marido parece molestarte mucho.

ANA

Yo nada tengo que ver ya con él.

LUCAS

¿Te ha pegado?

ANA

¡Y tanto! El me ha hecho llegar á este extremo.

BUB.

Mi mujer... tenía un amante que jugaba admirablemente á las damas, y el muy bribón..

ABR.

¡Hum!

ANA ¡Abuelo! Habla conmigo... me siento tan mal...

LUCAS No es nada. No te preocupes, querida mía. ¡Ten confianza! Cuando mueras, ya lo verás, tendrás paz. No tengas miedo antes... no hagas caso. Será tan dulce, tan serena... y descansarás completamente tranquila. Todo lo aquieta la muerte... Es muy buena con nosotros. Dicen que en la fosa encuentran descanso los huesos, y es verdad, amiga mía. De otro modo, ¿dónde encontraría el hombre jamás un poco de calma?

ESCENA II

ABRAHAM, BUBNOW, LUCAS, ANA y PEPEL que entra algo borracho, desordenados los cabellos y grave; se sienta en una cama, cerca de la puerta y permanece silencioso é inmóvil

ANA Y allí... ¿hay también tantos tormentos?

LUCAS Allí no hay nada en absoluto... ¡nada! Te llevarán a la presencia del Señor, y dirán: «Mira, ¡oh, Señor! á tu sierva Ana, que acaba de llegar.»

ABR. ¿Tú qué sabes de lo que dirán allí? (PepeL, al oír la voz de Abraham, levanta la cabeza y escucha.)

LUCAS Ya lo creo que lo sé, señor brigadier.

ABR. ¡Bueno! Allá tú; pero... ya te he dicho que no soy todavía brigadier.

BUB. ¡Me como dos peones! (Jugando.)

ABR. ¡Ah! ¡Que te parta un rayo!

LUCAS Y el Señor te mirará dulce y amigablemente y dirá: «Ya la conozco yo á ésta. Conducidla al Paraíso. Tiene que descansar; yo lo sé, su vida fué muy fatigosa... está cansada... haced que descanse.»

ANA ¡Ay, abuelo!... si así fuera... si allí encontrase... un poco de paz... y no sintiese nada más.

LUCAS ¡Nada más sentirás! No habrá nada... ¡Créelo! Puedes morir sin miedo; la muerte es para nosotros, como una madre para sus hijos.

ANA Pero... tal vez... pueda curar.

- LUCAS (Sonriéndose.) ¿Para qué? ¿Para tener nuevos tormentos?
- ANA Sin embargo, yo quisiera... vivir todavía un poquito... sólo un poquito... Si allá arriba no hay sufrimientos, podría todavía sufrir un poco más aquí.
- LUCAS Allá arriba no habrá nada... nada.
- PEPEL (Levantándose.) Podría ser verdad como podría no serlo.
- ANA (Horrorizada.) ¡Dios mío!
- LUCAS ¡Ah, joven!
- ABR. ¿Quién es el que gruñe ahí?
- PEPEL (Dirigiéndose á él.) Yo, ¿qué hay?
- ABR. No seas tan arrogante, ¿oyes? Hay que contenerse.
- PEPEL (Con ironía,) ¡Hombre! ¡También el tío!
- LUCAS (En voz baja á Pepel) Oye... no grites; aquí hay un sér que se muere...; los labios los tiene ya cubiertos de tierra...; no molestes.
- PEPEL Ya que tú lo dices, abuelo, lo haré. ¡Qué buen sujeto eres, viejo mío! ¡Engañas de un modo magnífico!... Cuentas historietas curiosas... y te complaces en ilusionarle á uno. ¡Bien hecho!... ¡Hay tan pocos así en el mundo!
- RUB. Pero, ¿se muere esa de verdad?
- LUCAS ¿Crees tú que lo haga de mentirijillas?
- BUB. Entonces ya no se oirá más toser... ¡Era tan pesada aquella tos continual! (Volviendo al juego.) ¡Otros dos!
- ABR. ¡Que te parta un rayo!
- PEPEL ¡Abraham!
- ABR. (Resentido.) Cuidadito, que yo para tí no soy Abraham.
- PEPEL. Di... ¿está enferma también Natacha?
- ABR. ¿Qué te importa á tí eso?
- PEPEL Nada... pero dime... ¿Basilisa la pega siempre de esa manera?
- ABR. Tampoco te importa eso; es cuestión de familia... ¿Quién te crees que eres?
- PEPEL Yo no seré nadie, pero si me da la gana no volvéis á ver á Natacha.
- ABR. (Suspendiendo el juego.) ¿Qué dices? ¿De quién hablas? Mi sobrina... ¿tú, bribón?

- PEPEL Un bribón... que, sin embargo, tú no has detenido todavía.
- ABR. Espera... Ya te cogeré, y pronto.
- PEPEL ¡Siempre lo mismo! Entonces lo pasará mal toda tu familia. ¿Crees tú que yo me callaría ante el juez instructor? ¡Te ha salido mal! ¿Quién te inició en el robo? me preguntarían. ¿Quién se ha valido de la ocasión? ¡Miguel Ivanow y su mujer! ¿Quién guardaba los objetos robados? ¡Miguel Ivanow y su mujer!
- ABR. ¡Mientes! ¡Ninguno te creará!
- PEPEL Me creerán, porque es la verdad, y te meteré á tí también en el lío... Caeréis tú y toda tu caterva infernal... Ya verás...
- ABR. (Perplejo.) Bueno, no hablemos más... No digas más tonterías... ¿Qué mal te he hecho yo, perro rabioso?
- PEPEL Y ¿qué bien me has hecho?
- LUCAS ¡Bien!
- ABR. (A Lucas.) ¿Qué chillas, corneja? No tienes por qué mezclarte en esto... Son cuestiones de familia.
- BUB. (A Lucas.) Déjalos; á nosotros no nos importa.
- LUCAS (Con sosiego.) Yo no digo nada; sólo creo que cuando un hombre no hace á otro un bien... es como si le hiciese un mal.
- ABR. (Que no ha comprendido las palabras de Lucas.) ¡Otro! Todos, más ó menos, nos conocemos aquí... pero tú, ¿quién eres tú? (Enfadado, se marcha rápidamente)
- LUCAS ¡Se ha puesto furioso el señor caballero!... ¡Ay, hermano, tus asuntos parecen muy enredados!
- PEPEL Ahora va á Basilisa á quejarse...
- BUB. No hagas bestialidades, Pepel... Tú quieres mostrarte valiente aquí...; el valor, hijo mío, es bueno... cuando vas por el bosque buscando hongos... Aquí no te sirve para nada. Estos te tienden una trampa... antes que lo adviertas.
- PEPEL ¡Es lo que queda por ver! Nosotros, los de Jaroslaw, somos demasiado listos. No se nos coge tan fácilmente... ¿Quiéren la guerra?... ¡Muy bien! ¡La tendrán!

- LUCAS Mucho mejor sería; muchacho, que te marches de aquí...
- PEPEL ¿Y adónde? ¿Dí?
- LUCAS A Siberia.
- PEPEL ¡Cá, hombre! Mejor espero á que me manden por cuenta del Estado.
- LUCAS No, de verdad, vete. Allí podrás hacer carrera... Allí se necesitan jóvenes como tú.
- PEPEL ¡Mi camino está ya trazado! Mi padre pasó sus días en galeras y esto me perdió. Desde pequeño la gente me llamaba ladrón é hijo de ladrón.
- LUCAS Siberia es un hermoso país. ¡Un país de oro! En la plenitud de las fuerzas y con un poco de ingenio se encuentra allí uno admirablemente...
- PEPEL Dí, viejo; ¿por qué dices tantas mentiras?
- LUCAS ¿Cómo?
- PEPEL Sí, ¿por qué mientes?
- LUCAS ¿Cuándo he mentado yo?
- PEPEL Continuamente... Aquello, según tú, es magnífico, esto es hermoso. ¡Y eso no es verdad!
- LUCAS ¿Por qué mientes, pues?
- LUCAS ¡Créeme! Vete; me lo has de agradecer. ¿Por qué tienes apego á esto? Y, ¿por qué eres tan aficionado á la verdad? Convéncete: la verdad... puede ser para tí una cadena.
- PEPEL Déjalo que sea una cadena. Me es lo mismo.
- LUCAS ¿Por qué ofreces tu cuello á esa cadena?
- BUB. Pero, ¿qué charlais? No llegaréis á entenderos. ¿De qué verdad tienes necesidad, tú, Pepel? ¿Para qué te ha de servir? La verdad de tí mismo... la conoces ya y todos la conocen.
- PEPEL Calla el pico. Lucas tiene que decirme antes... Oye... viejo... ¿existe Dios?
- BUB. Los hombres son como las astillas que arrastra la corriente. La casa destruída allá queda, pero las astillas desaparecen.
- LUCAS (En voz baja.) Si tú crees en él, hay uno; si no crees en él no hay ninguno; todo lo que crees hay. (Pepel lo mira silencioso, con profunda sorpresa.)
- BUB. Yo voy á tomar el te... ¿Venís conmigo á la tienda?

LUCAS (A Pepel.) ¿Qué dices, pues?
PEPEL Entonces, tú crees que...
BUB. Vamos... entonces me voy solo. (Al marcharse, se encuentra en la puerta con Basilisa y tropieza con ella.)

ESCENA III

LUCAS, PEPEL, BASILISA y ANA

BAS. (A Bubnow.) ¿Natacha está en casa?
BUB. (Saliendo.) NO.
PEPEL (A Basilisa.) ¡Ah! ¿Estás tú aquí?
BAS. ¿No se ha muerto aún? (Acercándose al lecho de Ana.)
LUCAS No la molestes.
BAS. Y tú, ¿qué tienes que hacer aquí?
LUCAS Me puedo marchar si te conviene.
BAS. (Acercándose á la habitación de Pepel.) Pepel, tengo que hablarte. (Lucas hace como que se va; acercándose á la puerta del patio, la abre y la cierra en seguida; después sube cautelosamente á la estufa y se tumba sobre ella. Pausa.) Pepel, ven.
PEPEL. No me da la gana.
BAS. ¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan enfadado?
PEPEL. Es el aburrimiento. Me aburro demasiado en este sótano.
BAS. ¿Y de mí? ¿Te aburres también de mí?
PEPEL. También. (Basilisa tira el chal que tiene sobre las espaldas y se cruza de brazos. Va hacia el lecho de Ana, mira recelosa alrededor y después se acerca á Pepel.) ¿Qué hay?
BAS. Nada. Mira, el amor no se puede imponer... No es costumbre mía tenerlo de limosna... Te agradezco tu sinceridad.
PEPEL. ¿Sinceridad?
BAS. Cierto. Tú decías que te aburrías de mí... ¿ó no es verdad? (Pepel permanece silencioso mirándola; ella se aproxima.) ¿Qué miras? ¿No me conoces?
PEPEL. (Lanzando un profundo suspiro.) Demasiado. (Basilisa rodea con el brazo el cuello de Pepel, mas éste la rechaza sacudiendo los hombros.) Mi corazón

no te ha correspondido nunca... He vivido contigo, pero verdaderamente no te he amado nunca.

BAS. (En voz baja.) ¿Sí?... Entonces...

PEPEL Entonces no hay que hablar más de esto; déjame en paz.

BAS. Es que te has figurado que le gustas á otra.

PEPEL Es cosa que no te interesa... si así fuese no te tomaría por mediadora.

BAS. (Recalcando las palabras.) ¿Quién sabe? Quizás pudiera hacer algo por tí.

PEPEL (Desconfiado.) ¿Con quién, si se puede saber?...

BAS. Yo bien me entiendo... Tú no disimules... Yo hablo sin rencor. (En voz baja.) Sólo te diré que me has herido profundamente... me has dado un latigazo... Siempre decías que me querías... y... de repente...

PEPEL De repente... ¡no! Hace mucho tiempo que lo venía pensando... Tú no tienes corazón... Una mujer debe tener corazón... Nosotros los hombres somos bestias... no estimamos otra cosa... Es preciso que nos acostumbreis á la bondad con la bondad... y tú, ¿á qué me has acostumbrado?

BAS. Lo que pasó, pasó... Yo ya sé... El hombre no es libre en su interior. ¿Tú no me quieres ya? Está bien, esto basta...

PEPEL Entonces, véte. Nos separamos amigablemente, sin disputas ni ruido... De la mejor manera.

BAS. ¡No tengas tanta prisa! En el tiempo que viví contigo... siempre esperaba que me ayudases á salir de mi situación, que me librases de mi marido, del tío... de toda la canalla... Y quizás yo no te haya querido nunca, Pepel... quizás haya querido en tí mi propia esperanza, mi sueño... ¿Comprendes? Esperaba que me sacaras...

PEPEL Tú no eres un clavo ni yo unas tenazas... Creía que con tu ingenio... ya que tú eres lista y despejada...

BAS. (Inclinándose hacia él.) Pepel, ¿quieres que nos ayudemos mutuamente?

PEPEL ¿Cómo?

- BAS (En voz baja, acentuando las palabras.) Mi hermana te gusta... lo sé...
- PEPEL ¡Por eso la pegas tan bárbaramente! Te advierto que no consentiré que la toques en lo sucesivo.
- BAS. ¡Espera! No seas tan fogoso. Todo se puede arreglar tranquilamente, á buenas. ¡Cásate con ella si quieres! Yo te daré hasta el dote, unos trescientos rublos. Si consigo reunir más, te daré más...
- PEPEL (Recorriendo á grandes pasos la estancia.) Veamos, veamos. ¿Qué quieres decir? ¿Por qué?
- BAS ¡Librame de mi marido! Hazme ese favor.
- PEPEL No está mal pensado... Tu marido al cementerio, el amante á trabajos forzados, y tú á vivir...
- BAS. Pero Pepel, ¿por qué á trabajos forzados? No tienes necesidad de hacerlo tú mismo... tus camaradas... Y si tú no lo dices, ¿quién será capaz de descubrirlo? Natacha sería tuya... piénsalo bien... Tendrías dinero, te marcharías de aquí, donde quisieras... me librarías para siempre... y también mi hermana se encontraría á gusto lejos de mí... No puedo verla sin montar en cólera... la odio por tu causa... y no me puedo contener... la pego tan fuerte que yo misma lloro de compasión... pero así la pego y así la pegaré siempre.
- PEPEL ¡Bestia feroz! ¿Alardeas de tu propia brutalidad?
- BAS. No alardeo, digo lo que es; piénsalo, Pepel... Tú ya has estado dos veces en la cárcel á causa del viejo... Por su avaricia... se ha pegado á mí cómo una sanguijuela; hace cuatro años que me desangra poco á poco... ¡Aguantar á un hombre semejante! Y hace sufrir también á Natacha; la riñe, la llama bribona... ¡Es un verdadero tormento para todos!
- PEPEL ¡Qué bien preparas tus redes!
- BAS. ¿Mis redes? Lo que yo digo es evidente... sólo un estúpido puede no comprender lo que quiero.

ESCENA IV

DICHOS y MIGUEL, que entra y se adelanta

- PEPEL. (A Basilisa.) Bueno... vete.
BAS. Piénsalo bien. (Viendo á su marido.) ¿Qué hay?
¿Vienes espiándome? (PepeL mira con coraje á Miguel.)
- MIG. Claro. Y vosotros, ¿qué hacéis aquí solos?
Vamos, ¿habéis charlado un poquito? (De pronto golpea el suelo con el pie y grita á Basilisa.)
Basilisa... miserable... infame prostituta...
(Asustado de sus propias palabras á las que los demás no responden.) Perdón, Dios mio... Por tí, Basilisa, acabo de pronunciar palabras pecaminosas...; te busco por todas partes.. (Con voz ronca.) ¡Es hora de acostarse! ¿No has echado aún aceite en la lamparilla? (Amenazándola con el brazo extendido.) ¡Ah, miserable meretriz!
(Basilisa va lentamente hacia la puerta del patio y desde allí hace señas á PepeL. Sale.)
- PEPEL. (A Miguel.) Tú vete por tu camino; largo de aquí...
- MIG. (Gruñendo.) Yo soy aquí el amo... Máchate tú, ¿has oído? ¡Bribón!
- PEPEL. (Amenazador.) Vete por tu camino, Miguel.
MIG. No quiero. Tú eres el que debes... ¡Hala!
(PepeL lo coge por el cuello y le tiende en el suelo: pero al sentir á Lucas, que sobre la estufa hace ruido, deja á Miguel, el cual sale corriendo y gritando hacia el patio.)
- PEPEL. (Acercándose á la estufa.) ¿Quién hay ahí?...
¿Quién es?
- LUCAS. (Asomando la cabeza.) ¿Qué hay?
PEPEL. ¿Eres tú?
LUCAS. (Con tranquilidad.) Yo soy, yo mismo...
PEPEL. (Cierra la puerta del patio, busca la aldabilla, pero no la encuentra.) ¡Al demonio! Baja pronto, viejo.
- LUCAS. (Bajando.) ¡Heme aquí!
PEPEL. (Con aspereza.) ¿Por qué te has subido sobre la estufa?
LUCAS. ¿Y dónde me iba á poner?

- PEPEL ¿No te fuiste antes al patio?...
- LUCAS Hacia demasiado frío en el patio, hermano...
y yo soy un viejo.
- PEPEL ¿Has oído algo?
- LUCAS ¡Claro que he oído! ¿Por qué no tenía que
oír? ¡No estoy sordo! ¡Ah, muchacho, ver-
daderamente has tenido suerte!
- PEPEL (Receloso.) ¿Suerte en qué?
- LUCAS Pues en que yo estuviera sobre la estufa...
¡Esa ha sido tu suerte!
- PEPEL ¿Por qué metiste ruido?
- LUCAS Porque me consumía allá arriba, por tu
bien, hijo mío... yo pensé entonces: con tal
que ese chico no haga una barbaridad... y
extrangule al viejo.
- PEPEL Sí... ¡y lo hubiera hecho!... ¡Le odio!
- LUCAS No me maravillaría... Nada más fácil... ¡bar-
baridades así ocurren á menudo!
- PEPEL (Riendo.) ¿Has hecho también tú... una bar-
baridad semejante?
- LUCAS Oye lo que te digo: ¡Aléjate de esa mujer!...
Por nada del mundo te acerques á ella. Ma-
tará á su marido bastante mejor de lo que
tú pudieras hacerlo. ¡No des oído á esa mu-
jer infernal! Mírame: (Desenbriéndose.) estoy
calvo, ¿verdad? .. ¿y por qué? He vivido solo
y alejado de las mujeres .. Las he conocido
á todas... Y Basilisa es peor que la peste.
- PEPEL No sé si darte las gracias.
- LUCAS ¡Ni una palabra! ¡Haz lo que te digo! Tú
tienes aquí una muchacha que te gusta; có-
gela de la mano y fuera los dos; ¡lejos de
aquí! Pero lejos, muy lejos.
- PEPEL (Pensativo.) ¡No se llega nunca á conocer á
los hombres! Aquél es bueno, éste es malo...
¡nada se puede precisar!
- LUCAS ¿Por qué hablas tanto? El hombre vive ya
de esta manera, ya de la otra... según su co-
razón le inspira... así vive... hoy, es bueno;
mañana, malo. Y si esa muchacha te gusta
verdaderamente... entonces vete con ella...
resueltamente, ó bien te vas solo... Eres jo-
ven, aun tienes tiempo de buscarte una
mujer.

- PEPEL (Cogiéndole por los hombros.) No, dime... ¿por qué haces tú todo esto?
- LUCAS Espera. Déjame, quiero ver á Ana... he oído un gemido. (Se dirige al lecho de Ana, aparta las cortinas y mira á la enferma, la toca, mientras Pepel, distraído, sigue sus movimientos.) Jesucristo, Dios de bondad, acoge el alma de tu sierva Ana, y dale paz junto á tí.
- PEPEL (En voz baja.) ¿Ha muerto? (Adelantándose, conmovido, sin osar acercarse al lecho.)
- LUCAS (En voz baja.) ¡Ya acabó de sufrir! Y su marido, ¿dónde está?
- PEPEL En la taberna, con seguridad.
- LUCAS Es preciso avisarle.
- PEPEL (Temblando.) A mí no me gustan los muertos.
- LUCAS (Dirigiéndose hacia la puerta.) ¿Para qué queremos á los muertos? A los vivos es á los que hay que querer... á los vivos.
- PEPEL Voy contigo.
- LUCAS ¿Tienes miedo?
- PEPEL No me gustan. (Se va apresuradamente con Lucas. La escena permanece un momento desierta. Por la parte del patio se oyen pasos.)

ESCENA V

CÓMICO y NATACHA

- CÓM. (Desde el umbral, en alta voz, manteniendo la mano en el picaporte de la puerta.) ¡Viejo Lucas! ¿Dónde te escondes? ¡Oye! (Se adelanta vacilante y se coloca en actitud de declamar.) Si se ocultase un día el sol y sus benéficos rayos no pudiesen descender á fecundar el mundo, la cautiva humanidad podría, en sus sueños de oro, de locura, encontrar una chispa para sustituirlos. (Aparece Natacha en la puerta, tras el Cómic.) Viejo... oye todavía... Si el mundo se desviase del sendero que sigue la humanidad en los dominios de la verdad, sabría entonces la turba de la locura, mostrar á los mortales el camino recto.

- NAT. (Riendo.) ¡Mire el espantapájaros! Se ha emborrachado otra vez.
- CÓM. (Dirigiéndose á ella.) ¡Ah!... ¿eres tú? Y, ¿dónde está nuestro viejo, nuestro querido viejo? Parece que no hay nadie en casa. Natacha, adiós... adiós.
- NAT. (Acercándose á él.) ¿No me has saludado todavía, y ya te despides?
- CÓM. (Cortándole el paso.) Yo me voy de aquí... yo parto... Apenas la primavera extiende sus amores sobre el campo... me voy.
- NAT. Déjame... ¿Dónde vas?
- CÓM. Quiero ir á buscar una ciudad... quiero curarme... También tú, vete de aquí... Ofe- lia... vé á hacerte monja... Es precisamen- te... comprendes, un sanatorio para los or- ganismos, para los llamados alcoholizados... un magnífico sanatorio... Todo de mármol, luz limpia, comida... todo á gusto. Yo en- contraré esta ciudad, me curaré y... comen- zará una nueva existencia... Estoy en el ca- mino de renacer á una nueva vida... como decía el rey Lear... ¿Sabes tú, Natacha, cuál es mi nombre de teatro? Me llamo Schwerts- chkow Zavolschki. Ninguno lo sabe aquí... ninguno... Aquí no tengo nombre... ¿Com- prendes? ¡Perder hasta el propio nombre... cuando hasta los perros tienen uno! (Na- tacha se acerca al lecho de Ana y queda fija en la muerta.) Sin nombre... el hombre es como si no existiese.
- NAT. Mira, la infeliz ha muerto.
- CÓM. (Moviendo la cabeza.) ¡Imposible!
- NAT. (Apartándose á un lado.) ¡Como Dios es verda- dero! ¡Miral!

ESCENA VI

DICHOS y BUBNOW. Después LUCAS, TÁRTARO, ERNESTO
y ANDRÉS

- BUB. (Desde la puerta.) ¿Qué es lo que hay que ver?
- NAT. ¡Ana ha muerto!

- BUB. ¡Vamos, ya ha dejado de toser! (Se acerca al lecho de Ana, la mira un instante y después se dirige á su cama.) Es preciso decírselo á Andrés... es cosa que le importa.
- CÓM. Yo iré... se lo quiero yo decir... Tampoco ella tiene ahora nombre. (Sale.)
- NAT. (En medio de la escena como si hablase consigo misma.) También yo una vez ú otra acabaré de una paliza.
- BUB. (Extiende sobre la cama una manta llena de jirones.) ¿Qué hay? ¿Qué murmuras?
- NAT. ¡Nada! Hablaba conmigo misma...
- BUB. ¿Esperas á Pepel? Ten cuidado con él. Ese te romperá la cabeza también á tí...
- NAT. ¡Alguien me la ha de romper! Pero prefiero que sea él antes que otro cualquiera.
- BUB. (Tendiéndose.) Como quieras, á mí no me importa.
- NAT. Para ella es mucho mejor... haber muerto. Y, ¿hay motivo para sentirlo? ¡Oh, Dios mío! ¿Por qué se vivirá?
- BUB. ¿Para qué preguntarlo? Se nos coloca en el mundo, se vive cierto tiempo y se muere; también yo moriré... también morirás tú... (Entran Lucas, Tártaro, Ernesto y Andrés. Este camina el último y como quebrantado.)
- NAT. (Indicándoles que vayan despacio.) Chiss... Ana...
- ERN. Sí, ya nos han dicho... ¡Que Dios la perdone!
- TÁR. (A Andrés.) ¡La sacaremos de aquí! Habrá que colgarla en el patio... Éste no es sitio de muertos... Sólo los vivos pueden dormir aquí.
- AND. (En voz baja.) La sacaremos en seguida... (Todos van hacia la muerta. Andrés la mira por encima de todos.)
- ERN. (A Tártaro.) ¿Te crees que huele mal? Ni pizca... estaba disecada en vida...
- NAT. ¡Dios santo! Tened un poco de piedad... No digais ciertas palabras. ¡Ah! Verdaderamente sois...
- LUCAS No lo tomes á mal, ¡hija mía... no hagas caso! ¿Cómo hemos de tener compasión de los muertos? No la tenemos de los vivos...

- ni siquiera de nosotros mismos... querida mía... ¿Qué piensas?
- BUB. Si está muerta ya no oye nada... Contra las enfermedades puede haber remedio, contra la muerte no.
- TÁR. Es preciso dar conocimiento á la policía.
- ERN. ¡Naturalmente! ¡Así está mandado, Andrés! ¿Has dado ya parte?
- AND. ¡No! Después viene el entierro, y yo no tengo más que cuarenta kopeks en el bolsillo.
- ERN. Que te presten, ó bien haremos una colecta. Cada uno dé lo que pueda... unos más... otros menos... Pero, corre á la policía, da parte. Si no pensarán que al fin y al cabo la has matado tú... ¿qué sé yo!... (Va hacia la cama, donde el Tártaro está ya tendido, y se echa junto á él.)
- NAT. Esta noche voy á soñar con ella. Yo sueño siempre con los muertos... 'Tengo miedo de estar sola; ¡el patio está tan oscuro!
- LUCAS Espera, espera... te acompañaré. (Salen. Breve pausa.)
- ERN. (Bostezando.) ¡Ooooah! (Al Tártaro.) Pronto vendrá la primavera, Tártaro... Entonces habrá un poco de sol también para nosotros... Ahora los campesinos arreglan los arados, los aperos de labranza; pronto irán á los campos... ¡Ya lo creo! ¿Y nosotros, Tártaro? ¡Por Mahoma!
- BUB. Los tártaros prefieren dormir.
- AND. (Inmóvil en medio de la estancia, con la mirada extrañada.) Y ahora, ¿qué voy á hacer?
- ERN. Acostarte y dormir. ¡Nada más!
- AND. (En voz baja.) ¿Y... ella? ¿Qué ha de hacer?

ESCENA VII

BUBNOW, TÁRTARO, ERNESTO, ANDRÉS, CÓMICO, SATÍN

- CÓM. ¡Viejo! Ven, mi fiel amigo.
- SATÍN Ven, ven.
- CÓM. Estoy decidido. Viejo, ¿dónde está la ciudad?... ¿Dónde está?

- SATÍN ¡Por vida!... Ese viejo te ha engañado. No existe ninguna de esas ciudades, no hay ninguna ciudad...no hay hombres... ¡no existe nada!
- CÓM. ¡Mentira!
- TÁR. (Levantándose de repente.) ¿Dónde está el patrón? Yo quiero marcharme de aquí; yo quiero dormir, porque para eso pago... ¡Muertos! ¡Borrachos! (Sale apresuradamente. Satín le silba una marcha en son de burla.)
- BUB. (Medio durmiendo.) Marchaos á acostar y á dormir, muchachos, no hagais ruido... la noche se ha hecho para dormir...
- CÓM. ¡Es justo! Aquí ya tenemos una muerta. Ha caído un muerto en la red... dice una canción de B.. B... Beránger.
- SATÍN (Grita.) ¡Los muertos no te oyen! ¡No comprenden nada... chilla... grita cuanto quieras... los muertos no te oyen! (Lucas aparece en la puerta. Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Plazuela. A la derecha, avanza hasta la mitad de la escena la esquina de una casa vieja y sucia, donde tiene su albergue Miguel Ivanow, con una ventana oscura con hierros, que corresponde á la planta baja y otra, á unos dos metros de altura, próxima á la esquina. Entre la ventana baja y esta esquina, y arrimada á la pared, hay una viga tendida en el suelo. En el lateral izquierdo, un paredón perteneciente á casa vieja, que tiene al descubierto los maderos y ladrillos, etc. Al foro, formando calle con estos dos edificios, una tapia de unos tres metros de alta. Frente á la ventana baja hay en el suelo un montón de hierro viejo y maderos. Anochece. Los últimos rayos rojizos del sol dan sobre el muro del fondo, como si llegaran por el lado derecho de la calle.

ESCENA PRIMERA

NATACHA y NASTJA, sentadas, una al lado de la otra, sobre la viga larga. LUCAS y BARÓN sentados sobre el montón de hierro y astillas. En la misma posición, pero algo apartado de ellos, ANDRÉS. BUBNOW dentro de casa, asomado á la ventana baja

NAST. (Con los ojos cerrados mueve la cabeza á compás de la relación que está haciendo; habla con una especie de cantinela.) A la noche vino él, como habíamos convenido; yo esperaba hacía largo rato... temblando de miedo y de angustia. También él temblaba por todo su cuerpo y estaba blanco como la nieve; en la mano tenía un revólver.

- NAT. (Asustada.) ¡Qué dices! Verdaderamente tienen mala cabeza estos estudiantes.
- NAST. Y con voz angustiada me dijo: «Mi querida amante...»
- BUB. ¡Ah, ah! Ha dicho mi querida.
- BARÓN. ¡Cállate tú! Déjala que invente... Si no te gusta no tienes necesidad de escucharla.
- NAST. «Amada de mi corazón, me dijo, mi tesoro. Mis padres no quieren darme su consentimiento para casarme contigo y me amenazan con su maldición si no me separo de tí.» Y su revólver era inmensamente grande y estaba cargado con diez balas... «Adiós, dijo él, amiga de mi corazón, mi decisión es irrevocable, yo no puedo vivir sin tí.» Mas yo le respondí: Mi inolvidable amigo... mi Raul...
- BUB. (Con aire de sorpresa.) ¿Cómo? ¿Sellamaba Raul?
- BARÓN. (Riendo.) Te equivocas, Nastja; la última vez se llamaba Gastón.
- NAST. (Levantándose.) Callad, vosotros, infelices... Vosotros... brutos, haraganes, ¿qué sabéis lo que es el amor? ¡El verdadero y santo amor! Y yo... ¡yo he probado este verdadero amor! (Al Barón.) Tú, miserable, quieres pasar por hombre instruído; dices que tomabas el café en la cama...
- LUCAS. ¡Tened paciencia! No la disgustéis. ¡Tened consideración con ella! No miréis las palabras, sino el por qué son dichas. Continúa contando, amor mío, no hagas caso.
- BUB. (A Lucas.) Te afligen demasiado las penas, corneja; vamos, acaba de una vez. (A Nastja.)
- BARÓN. Prosigue.
- NAT. No les hagas caso. ¿Qué saben ellos? Hablan sólo por envidia, porque ellos no saben contar nada.
- NAST. (Sentándose nuevamente.) No, no quiero, no contaré más. ¡Se rien y no me creen! (Se interrumpe de repente, calla algunos segundos, cierra los ojos, y continúa contando, en voz alta, moviendo la cabeza y las manos, y como si siguiese el compás de una música lejana.) Y yo le respondí: «Tú, alegría de todo mi ser; tú, mi fúlgida estrella,

tampoco yo puedo vivir sin tí, porque te quiero hasta la locura, y siempre te querré hasta mi último suspiro. Pero yo te digo: no cortes tu joven existencia, porque tus queridos padres, para los que eres la única alegría, tienen necesidad de tí. ¡Déjame! Prefiero hundirme yo sola, con mi pasión hacia tí, mi vida. Yo estoy sola, yo soy una... así... Sí, déjame morir. ¿Qué puede importar? Yo no sirvo para nada, yo no poseo nada... nada absolutamente. (Se tapa la cara con las manos y llora.)

NAT. (En voz baja volviéndose hacia ella.) No vale llorar. (Lucas sonriendo acaricia la cabeza de Nastja.)

BUB. ¡Mira la tonta del demonio!

BARÓN (Riendo.) Dí, abuelo, ¿crees tú lo que nos ha contado? Todo está en su libro, en el *Amor fatal*. ¡Todo chifladura!

NAT. ¿Qué te importa? Más vale que calles... que bastante te ha castigado Dios.

NAST. (Enfurecida.) Tú, cabeza hueca... Dí, necio, ¿dónde está tu alma?

LUCAS (Cogiéndola de la mano.) Ven, amor mío, no te enfades, no te cuides de ellos. Ya lo sé. Te creo... la razón la tienes tú, y no ellos. Tú has tenido un verdadero amor. ¡Cierto! ¡Ciertísimo! Y con aquél... con tu... protector.. Vamos, no te enfades.. Ese (Indicando al Barón.) se ríe porque tiene envidia. Tal vez en toda su vida ha probado nada puro.

NAST. (Cruzándose de brazos con fuerza.) Abuelo, te lo juro en nombre de Dios, ¡es verdad! ¡Todo verdad! El estudiante era un francés, se llamaba Gastón, y tenía una barbita negra, llevaba siempre botas muy limpias. ¡Que me muera si no es verdad! ¡Y cuánto me quería! ¡Oh! ¡Cuánto me amaba!

LUCAS ¡Ya lo sé yo! No hace falta que lo digas. Te creo. ¿Llevaba siempre las botas muy limpias, has dicho? Y tú, naturalmente, ¿le has querido mucho? (Sale con ella por la derecha.)

BARÓN ¡Qué estúpida! Buena, pero estúpida, insportablemente estúpida.

BUB. ¿Cómo es posible que una persona mienta

- tan de continuo? Siempre mintiendo, igual que si estuviera delante del juez.
- NAT. La mentira debe ser más agradable que la verdad... También yo...
- BARÓN Tú también... ¿qué? Dí...
- NAT. También yo... me hago ilusiones... y espero.
- BARÓN ¿El qué?
- NAT. (Riendo dulcemente.) ¡Qué sé yo! A veces pienso: mañana vendrá alguno... ó acaso ocurra alguna cosa... algo absolutamente extraordinario. Espero, espero siempre... y al fin... (Pausa.)
- BARÓN (Riendo.) Nada se puede esperar. Yo, al menos, no espero nada. Por mí... lo tengo todo. ¡Todo pasó! ¡Todo ha concluído! ¿Qué más?
- NAT. Otras veces me figuro que al día siguiente voy á morir de repente; por eso me siento tan angustiada... En verano se piensa á menudo en la muerte... hay peligros á cada momento... puede caer un rayo...
- BARÓN A tí no te agradará mucho la vida; tu hermana es un verdadero demonio.
- NAT. Y, ¿á quién en realidad le agrada? A todos les va mal, por lo que veo...
- AND. (Que ha permanecido inmóvil y mudo, se pone en pie.) ¿A todos? No es verdad. A todos, no. Si á todo el mundo le fuese mal... nos resignaríamos, no nos quejaríamos. (Vuelve á sentarse.)
- BUB. ¡Andal! ¿Qué bicho te ha picado? Mirad quién entra en la conversación.
- BARÓN ¡Pobre Nastja! Yo la tengo que soportar, porque si no no me da para el aguardiente.
- BUB. ¡Y que nadie pueda dejar de mentir! Comprendo que Nastja esté acostumbrada é embellecerse la cara... y procure hacer lo mismo con su alma. Pero los otros, ¿por qué lo hacen?... Lucas, por ejemplo. ¿Qué es lo que no inventa... y sin provecho para él? ¿Por qué miente? ¡Y á su edad!
- BARÓN (Se marcha riendo.) Todos los hombres tienen el alma gris... todos nos disfrazamos un poquito...
- LUCAS (Volviendo.) Dí, Barón, ¿por qué contradices á la muchacha?... Déjala... Tiene necesidad

de llorar para pasar el tiempo... Goza derramando algunas lágrimas. ¿Qué daño te hace?

BARÓN Es tonta, abuelo. Hoy Raul, mañana Gastón; es siempre uno, es el mismo. Por lo demás, me quiero reconciliar con ella. (sale.)

LUCAS Anda, sí, sé amable, si puedes ser amable con una persona... harás bien.

NAT. ¿Qué bueno eres, abuelo! ¿Por qué eres tan bueno?

LUCAS ¿Dices que soy bueno? Pché, así se debe ser, me parece... Tú debes hacer otro tanto, debes ser buena. Debemos tener piedad de las personas. Cristo, que tenía piedad de todos, nos la ha mandado tener también á nosotros. Tener piedad á tiempo, créeme, es un bien. Yo, en una ocasión, estaba empleado como guarda en la granja de un ingeniero, cerca de la ciudad de Tomsk, en Siberia. ¡Bueno! La tal granja estaba situada en medio de un bosque, en un lugar aislado... Era invierno, y yo estaba completamente solo allí. ¡Era una cosa magnífica!... Pero un día oigo un rumor como de alguno que entraba *de occultis*.

NAT. ¿Ladrones?

LUCAS Precisamente. Poco á poco se acercaban; yo cojo la carabina y salgo al descubierto... Y veo que eran dos hombres; se habían subido á una ventana y tan abstraídos estaban en su faena, que ni siquiera me veían. Grito entonces: «¡Hola! ¡Largo de aquí en seguida!» Y ellos se vienen á mí con un cuchillo cada uno. Los veo y grito: «Quietos ahí, pues de lo contrario hago fuego.» Y los miraba á los dos á un mismo tiempo. Ellos caen de rodillas, diciendo: «¡Perdón!» ¡Bien! Yo estaba muy valiente porque tenía la carabina: «¡Bribones!», digo yo. «Os mando que os marchéis fuera y no lo habéis hecho. Ahora, uno de vosotros tiene que ir al bosque de aquí cerca y coger una vara.» Y lo hizo. Luego ordené: «Que uno de vosotros se eche á tierra y el otro le pegue.» Y de esta

forma se pegaron recíprocamente por largo rato, bajo mis órdenes. Y cuando todo hubo pasado, me dicen; «Abuelo, danos un pedazo de pan, en nombre de Dios. No hemos comido hace mucho tiempo.» Aquellos, (Riendo.) eran los ladrones que se me habían echado encima con cuchillos. Ciertamente... eran dos muchachos valientes. Yo les dije: «Bribones, debísteis habérmelo pedido antes.» Entonces respondieron: «Estábamos cansados de pedir... Se pide, se pide, y ninguno da nada... la paciencia se acaba...» Pues bueno; conmigo permanecieron todo el invierno. Uno, Esteban, que así se llamaba, cogía la carabina y se iba á cazar al bosque; el otro, de nombre Santiago, estaba siempre enfermo... tosía siempre... Así, los tres hacíamos guardia en la villa. Y cuando vino la primavera, me dijeron: «Adiós, abuelo...» y se marcharon á Rusia.

NAT.

LUCAS

¿Eran escapados de presidio?

Sí, se habían fugado; habían abandonado el lugar de deportación. Dos valientes muchachos. Si no hubiese tenido piedad de ellos... ¡quién sabe cómo habría concluído la cosa! Me habrían quizás matado. Después hubieran ido á la cárcel y otra vez á Siberia. ¿Por qué todo esto? La prisión no enseña nada de bueno y Siberia tampoco. Pero un hombre... un hombre puede siempre enseñarte cualquier cosa buena... Un hombre puede enseñarte el bien, y sin fatiga... (Pausa.)

BUB.

¡Ya lo creo! ¡Yo... no puedo mentir! ¿Por qué había de hacerlo? Siempre adelante con la verdad; esta es mi opinión; ¿os agrada? ¿Por qué avergonzarse?

AND.

(Levantándose, irritado, como si le pincharan.) ¿Qué verdad? ¿Dónde está la verdad? (Golpea con las manos en sus vestidos rotos.) Aquí está la verdad, aquí; no más trabajo, no más fuerza en los miembros, ¡esta es la verdad!... ¡Ni un rincón donde pueda uno decir que está en su casa! Hay que reventar; ¡he ahí tu verdad! ¡Al diablo! ¿Qué ventaja... qué ventaja

me reporta esta verdad? Déjame, al menos por una vez, respirar con libertad... ¡déjame respirar! ¿Qué delito he cometido? ¿Por qué la verdad? ¡Por Satanás! Yo no puedo vivir, ¡esta es la verdad!

BUB ¡Atiza!... ese lo ha tomado por lo serio.

LUCAS ¡Jesús!... Dí, amigo mío, tú...

AND. (Temblando de rabia.) ¡Tú dices siempre la verdad! Tú, viejo, consuelas á todos. Y yo te digo que odio á todos. Y también esta verdad debe ser maldecida... condenada... ¿Has comprendido? Acuérdate de ello. ¡Maldita sea! (Sale por la derecha, después de haberse vuelto á mirar á los otros.)

LUCAS ¡Oh! ¡Oh! Se ha puesto fuera de sí. ¿Y dónde se ha ido ahora?

NAT. Ese muere... rabiando.

BUB ¡Lo ha tomado en serio! ¡No ha aprendido todavía á vivir!

ESCENA II

NATACHA, LUCAS, BUBNOW y PEPEL

PEPEL (Entrando lentamente por la derecha.) Buenas tardes á todos. Vamos, Lucas, abuelo, cuenta alguna historia.

LUCAS Si llegas un poco antes oyes ladrar á un hombre.

PEPEL ¿Andrés? ¿Qué le ha ocurrido? Pasó por delante de mí como si le persiguieran.

LUCAS Si te hablasen al corazón también correrías como él.

PEPEL (Sentándose.) No puedo sufrir á ese hombre: es demasiado soberbio. (Imita la voz de Andrés.) «Yo soy un hombre que trabaja.» ¡Como si los demás fuesen por eso menos que él. ¡Trabaja enhorabuena, si quieres! ¿Por qué ensoberbecerse? Si los seres hubieran de valerse por el trabajo, una caballería valdría mucho más que un hombre: tira del carro y calla... Natacha, ¿está en casa tu familia?

NAT. Han ido al cementerio...

PEPEL Entonces tienes una hora libre; ¡rara vez ocurre eso!

LUCAS (A Bubnow.) Tú dices la verdad. La verdad no siempre es agradable para las gentes... No siempre se puede curar el alma con la verdad. Por ejemplo, oye este caso: yo conocí á uno que creía en el país de los justos.

BUB. ¿En qué?

LUCAS En el país de los justos. Debe existir en este mundo, se decía, un país donde todos sean justos. En ese país habitan gentes de un carácter especial, hombres buenos que se respetan mutuamente y reciprocamente se ayudan; allí todo es bueno y hermoso... Aquel individuo quería ir en busca de este país de los justos. El era pobre, andaba bastante mal y estaba convencido de que no le quedaba otro recurso que dejarse morir. Pues no perdió el valor, sino que, por el contrario, reía á menudo y decía: «No importa, todo lo tolero... esperaré otro poco y después dejaremos esta vida perra, ¡y al país de los justos!» Toda su alegría era este país. ¿Y fué?

PEPEL

LUCAS Pero fué á Siberia; allí había un desterrado, un sabio, con libros y mapas, que entendía de todo. . Nuestro hombre fué al sabio y le dijo: «Dime, por favor, dónde se encuentra el país de los justos y cómo podría llegar á él.» El sabio abrió todos sus libros y consultó todas las cartas geográficas; pero por mucho que miraba no veía por ninguna parte el país de los justos. Todos los países estaban indicados menos el que buscaban.

PEPEL ¿De veras no estaba señalado? (Bubnow ríe con estrépito.)

NAT. ¿De qué te ríes tú? Sigue contando, abuelo.
LUCAS El hombre no quería creerlo. «Debe existir, decía; busca bien, busca. Si no está, todos tus mapas y todos tus libros no valen un céntimo. El sabio se sintió ofendido y le respondió: «Mis mapas son completos; en el mundo no existe ningún país de justos.» Entonces el otro se encolerizó: «¡Cómo! Yo

he vivido hasta aquí paciente y sufrido, siempre en la confianza de que hallaría ese país, y ahora me aseguras que no existe. Tú no eres un sabio; tú eres un ser inútil, un bribón.» Y le pegó de puñetazos. (Pausa.) Después... fué á su casa y se ahorcó. (Todos callan.)

PEPEL ¡El diablo te lleve! La historia no es muy alegre que digamos.

NAT. No podía tolerar haber vivido engañado de aquella manera.

BUB ¡Pura fábula!

PEPEL ¡Pché! ¡El país de los justos! No sería posible encontrarlo.

NAT. Sin embargo, da compasión aquel pobre hombre.

BUB ¡Ah, ah! ¡El país de los justos! ¡Todo fantasía! ¿Cómo querría llegar á él? (Ríe y desaparece de la ventana.)

LUCAS ¡Se ríe! (Pausa.) Vaya, muchachos, pronto os abandonaré.

PEPEL ¿Y á dónde te diriges?

LUCAS A la pequeña Rusia. Me han dicho que ha nacido allí una nueva creencia, y quiero ver de qué se trata. Los hombres buscan y buscan, queriendo siempre hallar lo mejor.. ¡Dios les dé paciencia!

PEPEL ¿Y qué encontrarán?

LUCAS ¡Quién sabe! Pero seguramente hallarán algo. Quien busca, halla...

NAT. Deberían descubrir algo verdaderamente hermoso.

LUCAS Lo descubrirán, de seguro. Pero hay que ayudarles, hija mía...

NAT. ¿Cómo se les puede ayudar? Yo soy incapaz de ayudar á nadie.

PEPEL (Decidido.) Oye, Natacha, quisiera hablarte delante del viejo Lucas, que lo sabe todo... ¡Vente conmigo!

NAT. ¿Adónde? ¿A la cárcel?

PEPEL Ya te he dicho que quiero dejar la industria del robo. La dejo, ¡vaya! Cuando yo prometo una cosa la cumplo. He aprendido á leer y escribir. Puedo vivir honradamente. Lucas

me ha aconsejado, y debo intentarlo, ir á Siberia. ¿Qué te parece? ¿Quieres venir conmigo? Créeme; de algún tiempo acá estoy cansado de mi existencia. ¡Ay, Natachal! Ahora veo cómo están las cosas... Busco consuelo en el hecho de que todos roban más que yo, y pasan por honrados, pero de nada me sirve. Arrepentimiento no lo siento; tampoco creo en la conciencia. Pero de todas maneras, siento que debo vivir en otra forma. Quiero vivir de manera que pueda estimarme á mí mismo.

LUCAS ¡Muy bien, hijo mío! El Señor debe ayudarte... Has dicho muy bien: el hombre debe vivir en condiciones de poder estimarse á sí mismo.

PEPEL Desde pequeño soy ladrón. Las gentes me llamaban Pepel, el ladrón, Pepel, el hijo del ladrón. Yo mismo quería que me llamasen así. Y fui ladrón. Por el solo hecho de nacer lo fui. Todo el mundo me conoce por ese nombre... Tú misma... Natacha, ¿me llamas de otra manera?

NAT. (Confundida.) Yo... ¡qué quieres! Las palabras sólo son palabras... No sé... estoy agitada, tengo un peso en el corazón... como si fuese á ocurrirme alguna desgracia... No has debido hablarme hoy de este asunto...

PEPEL ¿Cuándo entonces? No es la primera vez que te lo digo.

NAT. ¿Cómo voy á irme contigo? Yo... sí, te quiero... Algunas veces me gustas... Pero otras, me repugna verte... En verdad... yo no te amo. Cuando se ama no se ven los defectos del amante, y yo sí veo los tuyos.

PEPEL Acabarás por amarme, no lo dudes. Te acostumbrarás á mí. Ahora me basta que me digas que sí. Hace más de un año advertí que eras una hermosa muchacha, buena y fiel. Realmente me enamoré de corazón. (En la ventana aparece Basilisa, que presta atención.)

ESCENA III

DICHOS y BASILISA, que se mantiene oculta tras la reja

NAT. Entonces, ¿te has enamorado de mí y de mi hermana?

PEPEL (Cortado.) ¿Qué le voy á hacer?

LUCAS No te importe eso, hija mía. También se come la paja y el trigo cuando no se tiene ni un pedazo de pan.

PEPEL (Preocupado.) Ten compasión de mí... La vida que arrastro no es vida fácil: privado de alegrías, odiado como un lobo. Nadie me ayuda... Yo pensaba que tu hermana era de otro modo... ¡Si no hubiese sido tan interesada! Yo lo hubiera hecho todo por ella, si ella hubiese confiado en mí... Pero ya su corazón está ocupado por otra cosa: ¡bastante tiene con el dinero! ¡Libertad! Sólo quiere libertad para poder entregarse á todos los vicios. Ella no puede ayudarme... Tú, sí; me recriminas, pero me das ánimos.

LUCAS Y yo añado: cógelo, hija mía, tómalo; es un chico de buen corazón. Pero debes recordar á menudo que es bueno para que él mismo no se olvide de ello. Tú deberás decirle de vez en cuando: «Pepel, eres un buen hombre; no lo olvides». Reflexiónalo, hija mía; si no, ¿qué vas á hacer? Tu hermana es un tigre...; de su marido tampoco puede decirse nada bueno; ¿cómo vas á salir de ellos? Y Pepel es un muchacho fuerte...

NAT. Ya he reflexionado yo sobre eso mismo; pero no me fio...

PEPEL (Nervioso, la coge por los hombros.) Dime que sí, Natacha; decídette de una vez.

NAT. (Acercándose más á él.) Sea; pero antes quiero advertirte, y sirva Dios de testigo, que á la primera vez que me pegues ó me ofendas de cualquier manera, que para mí es igual, soy capaz de ahorcarme ó...

- PEPEL Que me quede baldado si te toco un pelo de la ropa. (La abraza.)
- LUCAS ¡Ya está arreglado! Le puedes creer, hija; tú á él le haces más falta, que él á tí.
- BAS. (Desde la ventana.) ¡Ah, conque sois novios! ¡Dios os dé amor y concordial!
- NAT. ¡Ay, Dios mío! ¡Han vuelto ya! ¡Nos han visto, Pepel!
- PEPEL ¿Por qué te asustas? Ya nadie te tocará.
- BAS. No tengas miedo, Natacha. El no te pegará; no sabe pegar ni amar. Le conozco bien.
- LUCAS (Aparte.) ¡Qué mujer! ¡Qué serpiente venenosa!
- BAS. Sólo es valiente de palabra.

ESCENA IV

DICHOS y MIGUEL, que sale por la derecha

- MIG. Natacha, ¿qué haces aquí, bicho malo? ¿Hablando mal de tus parientes? Y entre tanto, el té no está preparado ni la mesa está puesta.
- NAT. (Marchándose.) Pero como queríais ir á la iglesia...
- MIG. Lo que quisiéramos hacer, no te importa. Cuidate de lo tuyo... haz lo que se te manda.
- PEPEL ¡Tú, vete al diablo! Natacha ya no es tu sierva... no la has de tocar ni siquiera con un dedo.
- NAT. (A Pepel.) No mandes todavía; queda tiempo. (Sale.)
- PEPEL (A Miguel.) Ya habéis explotado bastante á esa pobre muchacha. Ahora me pertenece á mí.
- MIG. ¿A tí? ¿Cuándo la has comprado? ¿Qué te cuesta? (Basilisa suelta una carcajada.)
- LUCAS Pepel, vete.
- PEPEL No os riáis demasiado, no tengais luego que llorar.
- BAS. ¡Qué miedo!
- LUCAS Vete, Pepel. ¿No ves cómo te instiga? ¿No lo comprendes?

PEPEL ¡Ah, sí! (A. Basílisa.) Es inútil que te molestes; lo que tú quieres no ocurrirá.
BAS. Y lo que yo no quiero, tampoco ocurrirá.
PEPEL (Amenazador.) Eso lo veremos. (sale.)
BAS. (Desapareciendo de la ventana.) Te prepararé las grandes bodas.

ESCENA V

LUCAS y MIGUEL

MIG. (Acercándose á Lucas.) Y tú, vejete, ¿qué estás preparando?
LUCAS Yo no preparo nada, viejo.
MIG. ¿De veras? Me habían dicho que te marchabas.
LUCAS Tiempo queda.
MIG. Y ¿á dónde irás?
LUCAS Donde los ojos me guíen.
MIG. ¿De modo que tú eres de los que conspiran contra la tranquilidad de los pueblos?... Pero parece que no encuentras sitio donde descansar.
LUCAS El hierro se enmohece, y eso mismo nos pasa á nosotros si estamos quietos.
MIG. Pero el hombre debe buscar un punto de descanso. No está bien que vaya por el mundo como los barcos veleros, unas veces por un lado y otras por otro. El hombre debe tener un hogar, y no arrastrarse por el mundo.
LUCAS ¿Y cuando la casa de uno es toda la tierra?
MIG. Entonces... es un vagabundo, un ser inútil... porque los hombres deben ser útiles, deben trabajar.
LUCAS ¿Cómo, cómo?
MIG. Sí, tú te haces llamar viandante, peregrino. ¿Y qué es un peregrino? Un peregrino es un hombre que va por los caminos, que se aparta de los demás; un ser, digámoslo así, particular, que no es igual á los demás. Eso es un verdadero peregrino... El busca, indaga, y al fin, encuentra algo... acaso la ver-

- dad... ¡quién sabe! Puede conocer la verdad, pero callársela. Un verdadero peregrino debe callar, ó á lo más, hablar en forma que nadie le comprenda. No ha de tener deseos de nada, ni en nada debe mezclarse, ni se debe cuidar de cómo viven los demás. Ha de vivir religiosamente, buscar los bosques, las selvas, donde nadie le vea; no debe maltratar á ninguno, sino rogar por las culpas de todos... (Pausa.) Y tú, ¿qué clase de peregrino eres? No tienes siquiera pasaporte, cosa que todas las gentes de bien lo tienen.
- LUCAS Es que hay gentes y hay hombres.
- MIG. No andes con juegos de palabras; deja de hacer gracias. ¿Qué entiendes por gente y por hombres?
- LUCAS Hay terrenos pedregosos donde la simiente no germina, y hay terrenos fértiles en los que cualquier cosa que se siembra, florece.
- MIG. Y, ¿qué quieres decir con eso?
- LUCAS Tú, por ejemplo... si Dios mismo te dijese: «Miguel, sé un hombre...» sería inútil. Seguirías siendo lo que eres.
- MIG. (Enojado.) Y tú, ¿no sabes que el tío de mi mujer está empleado en la policía y que si yo quiero...

ESCENA VI

DICHOS, BASILISA y después BUBNOW

- BAS. (Entrando.) Miguel, ven á beber el te.
- MIG. (A Lucas.) Tú... márchate de aquí; vete de mi casa.
- BAS. Sí; lía el petate, abuelo; tienes lengua de víbora. Además... ¡quién sabe! puedes ser un escapado de presidio...
- MIG. Si hoy mismo no sales, ya verás.
- LUCAS (Flemático.) Entonces llamas al tío, ¿eh? Le dices: «Hay que arrestar á un presidiario fugado, tío.» Y así el tío se busca una gratificación de tres kopeks.
- BUB. (Aparece en la ventana baja.) ¿Qué negocios traéis entre manos de tres kopeks?

- LUCAS Me quieren vender.
BAS. (A Miguel.) Vente.
BUB. ¿Por tres kopeks? Pues ten cuidado, que son capaces de venderte por uno solo.
- MIG. (Mirando á Bubnow.) Miradle ahí, como un oso tras de la verja. (Sale con Basílsa.)
BAS. (saliendo.) ¡Cuánto canalla hay en el mundo!
LUCAS Que os aproveche el te.
BAS. (Amenazándole.) ¡Piensa en tí, hongo venenoso! (Sale.)
- LUCAS Esta noche quiero ponerme en camino.
BUB. Haces bien; lo mejor es tomar las cosas según vienen. Yo eso he hecho siempre; y de ese modo he podido evitar el ir á Siberia.
- LUCAS ¿Qué dices?
BUB. Como lo oyes. Mira: mi mujer y un dependiente mío eran amantes. Él era un muchacho laborioso, hay que confesarlo; las pieles de perro las convertía en las más hermosas pieles de oso; las de gato las teñía convirtiéndolas en castores ó canguros... en lo que le daba la gana. Un muchacho muy listo. Mi mujer se había enamorado de él tan locamente y andaban ambos tan de acuerdo que yo estaba con el alma en un hilo, temiendo que me envenenasen y me mandaran al otro mundo de mala manera... A menudo yo pegaba á mi mujer; pero el muchacho me pegaba á mí otro tanto. Por cierto que era un bárbaro sacudiendo; en una ocasión casi me arrancó la barba y me rompió una costilla. Ya comprenderás que yo tampoco era muy delicado pegando: le daba á mi mujer con las tenazas en la cabeza. En resumen, la guerra era constante entre nosotros. Yo me convencí de que cuando menos lo pensase me despacharían y tomé mi partido: quitar de enmedio á mi mujer. Estaba decidido á ello; pero en el momento que lo iba á hacer comprendí que era una locura y resolví escapar.
- LUCAS Hiciste bien. Déjalos tranquilamente allá, que transformen en castores los perros.
BUB. Por desgracia, el taller estaba á nombre de

ella, y me fui con lo puesto. Aunque á estas horas ya me habría bebido el taller, porque ya sabes lo que me gusta... (Hace ademán de beber.)

LUCAS

¿Sí, eh?

BUB.

¡Ya lo creo! Cuando estoy de buenas lo vendo todo, y entonces me hago perezoso... nada me parece tan antipático como el trabajo...

ESCENA VII

LUCAS, BUBNOW, SATÍN y CÓMICO. Satín y Cómico salen por la izquierda

SATÍN

Que no, hombre, que no; no vas á ninguna parte. Eso es una tontería tuya. (A Lucas.) Dí, viejo, ¿qué le has metido en la cabeza á este infeliz?

CÓM.

No seas necio. Abuelo, llámale simple. Me marchó de verdad. Hoy he trabajado, he barrido la calle y no he bebido aguardiente. ¿Qué te parece? Aquí tienes... treinta hermosos kopeks...

SATÍN

¡Qué imbécil! Ahora mismo te vienes conmigo á beber ó á jugar...

CÓM.

¡Cá! Son para el viaje.

LUCAS

(A Satín.) ¿Por qué quieres quitarle de la cabeza su idea?

SATÍN

Tú, brujo de los demonios, ¿qué va á ser de mí entonces? Estoy en la miseria más completa. ¡Todo lo he perdido! ¡Y aun quedan en el mundo jugadores tramposos más listos que yo!

LUCAS

¡Qué ganas tienes de broma!

BUB.

¡Tú, artista, ven aquí! (Cómico se acerca á la ventana y habla en voz baja con Bubnow.)

SATÍN

Cuando yo era joven era un gallito lleno de bríos. Siempre lo recuerdo con alegría... era un hombre animoso; bailaba á la perfección, recitaba en el teatro, en sociedad era distinguido...

LUCAS

¿Y cómo has descendido hasta aquí?

- SATÍN ¡Qué curioso eres, vejete! Quisieras saberlo todo...
- LUCAS Quisiera aprender á comprender lo que son las cosas humanas, y á tí, Satín, no te comprendo por mucho que te estudio...
- SATÍN El presidio, abuelo, el presidio. Cuatro años y siete meses he pasado en él y cuando salí encontré todos los caminos cerrados...
- LUCAS ¡Oh! Y, ¿por qué fuiste á presidio?
- SATÍN Por matar á un tunante en un momento de furor. En presidio aprendí á dominar la baraja...
- LUCAS Y, ¿por qué mataste? ¿Por alguna mujer?
- SATÍN Por mi hermana... pero no me molestes, que no me gusta hablar de ello... Son antiguas historias... mi hermana murió hace ya nueve años. Todo ha pasado. ¡Qué hermcsa era mi hermana!
- LUCAS No te apures. A otros les ocurren cosas peores. Por ejemplo, si hubieses oído gritar á Andrés hace un instante...
- SATÍN ¿Andrés?
- LUCAS Sí. El pobre decía: «Sin trabajo, nada, nada...»
- SATÍN Ya se acostumbrará. Pero dime: ¿qué voy á hacer yo?
- LUCAS (En voz baja.) Mira, ya vuelve.

ESCENA VIII

DICHOS y ANDRÉS, que entra pensativo

- SATÍN ¡Hola, viudo! ¿Cómo llevas la cabeza tan gacha? ¿Qué vas mirando?
- AND. Me rompo la cabeza pensando qué voy á hacer... Mis herramientas han desaparecido. Se las ha comido el funeral...
- SATÍN Te voy á dar un consejo: no hagas nada.
- AND. Tú hablas mucho; todavía conservo algo de vergüenza delante de la gente...
- SATÍN ¡Echa fuera esa vergüenza! ¿Se avergüenza acaso la gente de que tú vivas peor que un perro? Si tú no trabajas y yo no trabajo y

- otros ciento y otros mil no trabajan, y, en fin, si todos aquellos que trabajan no hiciesen nada, ¿qué crees que ocurriría?
- AND. Entonces morirían todos de hambre.
- LUCAS (A Satín.) Hay ciertas sectas que hablan como tú.
- SATÍN Las conozco y no son tan estúpidas como se cree. (Siéntese adentro la voz de Natacha que grita asustada. ¡Déjame! ¡Déjame! ¿Qué te he hecho yo?)
- LUCAS (Agitado) ¿Quién grita ahí? ¿No es Natacha? (Nuevos gritos y ruido de vajilla rota y sobre todo la voz de Miguel que grita: ¡Ah, bruja! ¡Endemoniada! ¡Hereje! Basilisa: *Aguárdate, espera.*)
- SATÍN (Acercándose á la ventana.) ¿Qué os ocurre?
- LUCAS (Pensativo.) Es preciso avisar á Pepel. ¡Pobres hijos míos!
- CÓM. (Sale precipitadamente.) Voy á traerle en seguida.
- BUB. A esa pobre muchacha la martirizan.
- SATÍN Vamos, abuelo, haremos de testigos. (Sale por la derecha.)
- LUCAS (Siguiéndole.) ¿Para qué testigos? ¡Si al menos viniese Pepel... (Natacha desde dentro: ¡Pero hermana, ¡ay! hermana, ¡ay!
- BUB. Ahora la han amordazado. Voy á ver qué la hacen. (Desaparece de la ventana. El ruido disminuye como si pasase á otra habitación. Miguel grita: ¡Quieta! Se oye golpear violentamente en una puerta, y el ruido cesa. Momento de silencio. Oscurece sensiblemente. Andrés se sienta sobre un montón de leña dando muestras de desesperación; empieza á murmurar palabras ininteligibles. Va levantando la voz.)
- AND. ¿Qué hacer? Sí; es preciso vivir... Por lo menos hay que tener un refugio .. pero ¡quía! ni eso, ni un rincón donde poder tenderse... Desnudo. . sin recursos .. abandonado... (Sale lentamente con la cabeza baja. Completo silencio durante algunos segundos; después se siente barullo que aumenta y se aproxima. Distinguese la voz de Basilisa: *Yo soy su hermana, ¡déjame!* Miguel: *¿Quién te manda meterte en esto?* Basilisa: *¡Presidiario!* Satín: *Llamad á Pepel; Ernesto, silba fuerte.* Se oye un silbido.)

ESCENA IX

TÁRTARO, ERNESTO, ABRAHAM, MIGUEL, KWASCHNIA, NASTJA, NATACHA, BASILISA, SATÍN, ALIOSCHKA, VÁGABUNDOS

TÁR. (Sale precipitado, por la izquierda, con la mano derecha vendada.) Pero, ¿qué ley es esta? ¡Asesinar á la gente en pleno día!

ERN. (Entra corriendo, seguido de Abraham.) Yo, yo he silbado.

ABR. Y ¿quién te ha mandado hacerlo?

TÁR. (A Abraham.) ¿Tú no sabes cuál es tu deber?

MIG. (Precipitadamente.) Abraham! ¡Préndele, que me mata! (Por la derecha, Kwaschnia y Nastja, traen en brazos á Natacha, que tiene las ropas desordenadas y rotas. Detrás, Basilisa, que trata de golpear á Natacha, pero Satín se lo impide. Delante de Basilisa brinca, como un endemoniado, Alioschka, que suena un pito cerca de sus oídos. Siguen gentes andrajosas de ambos sexos, en corto número.)

SATÍN (A Basilisa.) ¿Qué quieres, infame?

BAS. ¡Apártate, presidiario! ¡Aunque me cueste el pellejo, tengo que hacerla pedazos!

KWAS. (Llevando á Natacha lejos de Basilisa.) Deberías avergonzarte, Basilisa. ¿Por qué eres tan inhumana?

ABR. (Tomando á Satín por la blusa.) Ya te pillé.

SATÍN ¡Ernesto, silba! ¡Pepel! ¡Pepel! (Todos acuden á la esquina de la derecha. Conducen á Natacha á la izquierda, sentándola en el suelo.)

ESCENA X

DICHOS y PEPEL. Después BÜBNOW

PEPEL (Entra abriéndose paso á puñetazos.) ¿Dónde está Natacha?

MIG. (Refugiándose junto á la esquina.) ¡Abraham, sujeta á Pepel! ¡Hermanos, detenedle! ¡A ese, al ladrón, al canalla!

PEPEL ¡Toma, viejo vicioso! (Da á Miguel dos formidables puñetazos, que le derriban, dejándole tendido. En seguida se acerca á Natacha.)

- BAS. ¡Prended á Pepel, idiotas! ¡Duro con el ladrón!
- PEPEL (A Natacha.) ¿Qué te ha hecho? ¿Te ha dado alguna puñalada?
- KWAS. ¡Quiá! Los muy salvajes le han escaldado las piernas con agua hirviendo.
- NAST. Le han tirado encima el puchero del té.
- NAT. (Desfallecida.) Pepel... sácame de aquí, escóndeme...
- BAS. (Acercándose al cuerpo de su marido.) ¡Mirad, mirad aquí! Está muerto. ¡Le ha matado! (Todos rodean á Miguel; aparece Bubnow, que se aproxima á Pepel.)
- BUB. Pepel, el viejo ya está despachado.
- PEPEL (Le mira como si no entendiese.) Vé á buscar un coche; hay que llevar á Natacha á la casa de Socorro. A los demás yo los arreglaré.
- BUB. Escucha, el viejo está muerto. (Cesa el barullo; sólo se oyen estas frases: *Lo han matado... Vámonos todos... Va á venir la policía... Hay que escurrirse...* El grupo disminuye. Bubnow y el Tártaro salen. Kwaschnia y Nastja levantan á Miguel.)
- BAS. (Triunfante.) ¡Le han matado! ¡Mi marido! ¡Ha sido Pepel! ¡Pepel le ha matado! ¡Yo lo he visto, amigos, yo lo he visto! ¡Pepel, la policía!
- PEPEL (Acercándose al cadáver.) ¿Estás ya contenta? (Da un puntapié á Miguel.) ¡Bien muerto está este canalla! Ya tienes lo que deseabas... Ahora te toca á tí que te retuerza el pescuezo. (Se lanza hacia Basilisa, pero es detenido por Satín y Ernesto. Ella se escabulle.)
- SATÍN Vamos, hombre.
- ERN. ¿Vas á hacer otra?
- BAS. ¡Ay, Pepel, no te escaparás! La policía... Abraham... silba en seguida.
- ABR. Me han quitado el pito estos demonios.
- ALIOS. Yo lo tengo. (silba con él.)
- SATÍN (Conduce á Pepel junto á Natacha.) No tengas miedo, Pepel; muerte en riña es una bagatela. La condena no es gran cosa.
- BAS. Tenedle bien sujeto. Pepel le ha matado, yo lo he visto.
- SATÍN También yo le he dado un par de puñeta-

zos. No se necesita mucho más para un viejo como ese... Yo seré testigo, Pepel.

PEPEL No tengo necesidad de defenderme. Pero á Basilisa la voy á meter en el llo. Ella lo quería, me ha inducido á que matase á su marido.

NAT. (Como si comprendiese de repente.) ¡Ah! Ahora lo entiendo. ¿Es así, Pepel? Ya lo oís, buena gente, ¡todo estaba preparado! El y mi hermana han sido. ¡Se han unido para eso!... ¡Ay, Pepel! ¡Para eso me hablabas antes así! Vcsotros... ya lo veis, ella es su amante. Ya lo sabeis, ya lo saben todos; los dos son iguales. Ella le ha comprometido para que mate á su marido, que le estorbaba... Yo también la estorbaba; por eso me ha puesto así.

PEPEL ¿Qué dices, Natacha, qué dices?

SATÍN ¡Tonterías!

BAS. ¡Mentira! ¡Todo mentira! Yo no sé nada de eso... Pepel le ha matado. ¡El solo!

NAT. ¡Lo tenían todo dispuesto! ¡Malditos seais los dos!

SATÍN Ahora empieza lo bueno. (A Pepel.) Encomiéndate á las piernas si no quieres que te cojan.

PEPEL ¡Natacha! Pero, ¿es posible que digas eso de verdad? ¿Te crees que yo con ella?...

SATÍN Hay que ser razonable, Natacha.

BAS. (Marchándose por la derecha como enajenada.) ¡Han matado á mi marido! Oiga vuestra señoría, señor Comisario, Pepel, el ladrón, le ha matado... Yo lo he visto, todos lo han visto.

NAT. (Se levanta y da algunos pasos sin poderse sostener.) ¡Los valientes! Mi hermana y Pepel... Ellos le han matado... señor Delegado... escuche aquí. Aquella... mi hermana... ha arrastrado á su amante... le ha inducido... y él está allí... ¡el maldito! ¡Han sido los dos! Préndalos, á la cárcel con ellos. Préndame á mí también... una prisión para mí... ¡por amor de Dios! para mí... un calabozo. (Telón.)



ACTO CUARTO

El mismo decorado del primer acto; sin embargo, no se ve ya la habitación de Pepel. También faltan el taburete y los utensilios donde se sentaba Andrés á trabajar. Es de noche. La escena está alumbrada por una lámpara que hay en medio de la mesa. Por fuera silba el viento.

ESCENA PRIMERA

SATÍN, BARÓN, NASTJA y ANDRÉS, sentados á la mesa, teniendo ante sí una botella de aguardiente, tres de cerveza y un gran pedazo de pan negro. Andrés está arreglando un acordeón, y de cuando en cuando ensaya sus notas. TÁRTARO está echado en una cama que hay en el ángulo que antes ocupaba el cuarto de Pepel. Tiene la mano vendada. CÓMICO sobre la estufa, revolviéndose y tosiendo á veces

- AND. Pues así fué. En medio de todo aquel barullo desapareció.
- BARÓN Desapareció al llegar la policía... como por ensalmo.
- SATÍN Así huyen los culpables á la vista de la justicia.
- NAST. ¡Era un buen hombre! Y vosotros no sois ni siquiera hombres... ¡sois unos canallas!
- BARÓN (Bebe.) A tu salud, milady.
- SATÍN Sí; era un viejo interesante. Nastja se habla enamorado de él..
- NAST. También eso es verdad... y le he querido

mucho... Cuidaba de todos... á todos atendía...

SATÍN (Riendo.) Sobre todo era para muchos... como las sopas para los que no tienen dientes...

BARÓN (Riendo.) O como un emplasto para el dolor de muelas...

AND. Tenía un corazón piadoso... Vosotros no sabeis siquiera lo que es la piedad.

SATÍN ¡De mucho te serviría que yo tuviese piedad de tí!

AND. ¡Hombre! Si no tener piedad, por lo menos no ofender.

TÁR. (Se levanta sobre la cama.) El viejo era bueno... tenía buenos sentimientos... Quien no los tiene... es un perdido.

BARÓN ¿Y qué entiendes tú de eso, Príncipe?

TÁR. ¡Pché! Primero hay que observar la ley... y luego...

BARÓN ¿Y luego qué?

TÁR. No ofender jamás á nadie... ¡esa es la ley!

SATÍN Aquí, en Rusia, eso se llama: «Colección de las leyes penales y correccionales».

BARÓN Y como apéndice: «Disposiciones sobre las penas que dependen del juez de paz».

TÁR. Entre nosotros es el Corán...; nuestro Corán es nuestra ley... El hombre debe tener su Corán en el corazón.

AND. (Probando el acordeón.) Este pistón no deja de chillar... Es verdad lo que dice el Príncipe... Hay que vivir como mandan las leyes y el Evangelio.

SATÍN Vive tú así y ya verás.

BARÓN Pruébalo...

TÁR. Mahoma dictó el Corán, y dijo: «¡He aquí vuestra ley!» Obrad conforme á lo que está escrito en ella. Y llegará el día en que el Corán no baste; entonces el tiempo os procurará una ley particular, nueva. Cada tiempo tiene sus leyes.

SATÍN Nuestro tiempo tiene la colección de leyes penales, una ley muy estrecha... que no caerá en desuso tan pronto.

NAST. (Golpeando la mesa con el vaso.) Ahora daría yo cualquier cosa por saber... por qué tengo

- que vivir aquí, con vosotros. Yo quiero marcharme de aquí... quiero ir á cualquier otro punto .. hasta el fin del mundo.
- BARÓN
NAST. ¿Sin zapatos, milady?
Por mi parte, aunque fuera desnuda. Y hasta con pantalones si es preciso.
- BARÓN
NAST. Debes estar hermosa con calzones, milady.
¡Y lo haré! Con tal de no verte más la cara...
¡Ah! ¡cómo me repugna todo, la vida, los hombres...
- SATÍN Si te vas, lleva contigo al Cómico; también él se quiere marchar pronto... ha sabido que dos kilómetros más allá del fin del mundo existe un sanatorio para los órganos.
- CÓM. (Sacando la cabeza por encima de la estufa.) Para los organismos, ¡animal!
- SATÍN Para los órganos que están envenenados por el alcohol.
- CÓM. ¡Ya! Todo se arreglará. ¡Ya vereis!
- BARÓN ¿Y quién se va á arreglar?
- CÓM. ¡Yo!
- BARÓN ¡Ah, mi querido joven, ah! ¿Cómo se llama... cómo se llama? La diosa del drama... de la tragedia... ¿cómo se llama?
- CÓM. Era una musa, ¡animal! No era diosa, sino musa.
- SATÍN Laquesis, Hero, Afrodita, Atrope... ¡El diablo sabe cómo se llama! ¡De modo que el hijo de las musas nos abandona! El viejo Lucas le ha puesto una pulga en la oreja...
El viejo era un bufón.
- BARÓN Y vosotros sois unos brutos, unos ignorantes. No sabéis siquiera quién es Melpómene.
¡Gente sin corazón! «¡Regocijaos, sin embargo, tristes compañeros!» como diría Beranger. Nosotros encontraremos aquel lugar... donde ya no hay nada... nada...
- BARÓN ¿Donde no hay nada? ¿Es verdad, sire?
- CÓM. ¡Claro!... ¡Nada ya!... «Y en esta caverna, que será mi sepulcro... yo languideceré... moriré sin fuerzas...» Y vosotros... ¿para qué vivís? ¿Para qué?
- BARÓN Oye tú... Kant, ó el genio que seas, deja de ladrar.

- CÓM. ;Calla tú! Yo quiero ladrar.
NAST. (Levanta la cabeza y alza los brazos agitándolos en el
aire.) ;Siempre dando voces! Deberían sen-
tiros.
- BARÓN
SATÍN ;Y qué importa eso, milady?
Déjala que charle, Barón. ;Que vayan al
diablo los dos; pueden gritar... pueden ca-
lentarse la cabeza. No molesteis á la gente,
como decía el viejo; aquel hombre-grillo os
ha hecho rebeldes á todos...
- AND. . Ha engañado á todos. Ha hecho bien en
marcharse. Pero es el caso que ni él mismo
sabía adonde iba.
- BARÓN El viejo era un charlatán.
NAST. No es verdad; el charlatán lo eres tú.
BARÓN Tranquilízate, milady.
AND. No era amante de la verdad el viejo, no
quería oír hablar de ella. En el fondo tenía
razón. ;De qué me sirven todas las verda-
des? Mirad al príncipe, (Indicando al Tártaro.)
se ha roto la mano por trabajar; ahora dicen
que se la cortarán... ;Esa es la verdad!
- SATÍN (Dando un fuerte puñetazo sobre la mesa.) ;Silencio!
Todos sois unos estúpidos. ;No habléis
más del viejo! (Más tranquilo.) Tú, Barón, eres
el más tonto de todos... no te queda ni un
resto de esperanza y no paras de hablar.
;Qué quiere decir verdad? ;El hombre es la
verdad! Esto lo ha comprendido el viejo,
pero no vosotros. Sois duros de mollera. Yo
lo comprendo... el viejo os ha engañado,
pero lo hacía porque tenía compasión de
vosotros... ¡el diablo lo sabe!... Hay muchos
que mienten por piedad al prójimo... yo lo
sé y lo he leído también... ¡Mienten tan
bien!... ;con tanta habilidad! ;tan cándida-
mente! Hay mentiras tan consoladoras, tan
piadosas... Yo conozco la mentira. Quien
tiene un corazón débil ó el que está obliga-
do á vivir del pan ajeno tiene necesidad de
la mentira; á unos infunde valor, á otros les
desanima... Pero el que es dueño de sí mis-
mo, el que es independiente y no vive del
sudor ajeno... ¿qué necesidad tiene de la

mentira? La mentira es la religión de los siervos y de los señores... La verdad es la divinidad de los hombres libres.

BARÓN

¡Bravo! ¡Bien dicho! ¡Estoy perfectamente de acuerdo! ¡Háblas como un hombre de bien!

SATÍN

¿Por qué no había de hablar una vez un bribón como un hombre de bien, cuando las gentes de bien hablan como los bribones? Sí... he olvidado muchas cosas... pero alguna me ha quedado. ¡El viejo era muy listo! Ha obrado sobre mí como el ácido sobre una moneda sucia. ¡Animo! ¡Viva el viejo! ¡Echa aquí! (A Nastja. Esta le llena el vaso de cerveza.) ¡El viejo! (Riendo.) Ese vive para sí... vé las cosas con sus propios ojos... Yo le pregunté una vez: «Abuelo, ¿por qué viven los hombres?» ¡Pché! ¡Viven por la voluntad de los mejores! Aquí viven, por ejemplo, los carpinteros en la miseria; de pronto nace entre ellos un carpintero... un carpintero como aún no se ha visto en el mundo; está sobre todos, ningún otro carpintero le iguala. A toda la industria carpintera le da nueva fisonomía... por así decirlo... y de repente la hace avanzar veinte años... Y así viven también los otros... los zapateros, los cerrajeros, y las otras clases obreras; también los aldeanos... y hasta los señores... viven sólo por los mejores... Todos piensan estar en el mundo por sí mismos, y está demostrado, por el contrario, que es por los otros, por los mejores. (Nastja mira fijamente á Satín; Andrés interrumpe el trabajo de su acordeón y le escucha también; el Barón inclina la cabeza y con los dedos simula tocar el tambor sobre la mesa; Cómico levanta la cabeza y presta gran atención.) Todos, queridos míos, todos viven gracias á los mejores. Por eso debemos respetar á todos. No podemos saber quién es cualquiera, para qué ha nacido, y lo que aún podrá hacer... Podría haber nacido por fortuna para realizar una gran misión... Especialmente es necesario respetar á los niños... á los niños pequeños. Los ni-

ños deben tener libertad... dejad que los pequeños vivan á sus anchas. . ¡respetad á los niños!...

BARÓN (Tras breve pausa, como preocupado.) ¿Por los mejores? ¡Oh, sí! Me recuerda mi familia... una antigua familia... que se remonta á los tiempos de Catalina... de la mejor nobleza... militar. Somos oriundos franceses... entramos al servicio de Rusia... y subimos siempre á los más elevados puestos... En tiempo de Nicolás I, mi abuelo, Gustavo Deville... poseía un elevado cargo... era rico... tenía centenares de caballos... un cocinero...

NAST. ¡No digas mentiras! ¡Todo es pura fanfarronería!

BARÓN (Levantándose irritado.) ¿Qué?

NAST. ¡Todo pura fanfarronería!

BARÓN (Gritando.) Una casa en Moscou, una casa en San Petersburgo, carrozas... y escudos en las portezuelas... (Andrés, con el acordeón en la mano, se levanta y se traslada á otro sitio, donde continúa, mirándolos á todos.)

NAST. ¡Fanfarronerías!

BARÓN ¡Cállate! Docenas de lacayos...

NAST. (Queriendo mortificarle.) ¡Todo mentira!

BARÓN ¡Te rompo la cabeza!

NAST. (Fingiendo huir.) ¿Carrozas?... ¡Mentira!

SATÍN ¡Cállate, Nastja! No le hagas rabiár.

BARÓN Escucha, tú, ser inútil: mi abuelo...

NAST. Pero si no has tenido abuelos... si no has tenido nada... (Satín ríe.)

BARÓN (Se deja caer sobre el banco en un extremo de cólera.)

¡Sinvergüenza! ¿Qué... tú también te ríes, Satín? (Golpea con el puño la mesa, gritando.) ¡Que el diablo os lleve! ¡Yo digo la verdad!

NAST. (Con aire triunfante.) ¡Ah! ¿Lo ves cómo has gritado tú también? Ahora habrá visto qué impresión le hace á uno cuando no se le quiere creer.

AND. Ya me parecía á mí que todo era broma.

TÁR. ¡Qué gente más estúpida!

BARÓN Yo... no consiento que se burlen de mí... Tengo pruebas... tengo documentos.

SATÍN ¡Quémalos! Olvida los coches de tu abuelo.

- En los coches del pasado no puedes pasearte ahora.
- BARÓN Pero, ¿quién es ésta para atreverse á negar lo que yo digo?
- NAST. ¡Ya lo ves cómo me atrevo!
- SATÍN ¡Claro, hombre! ¿Por qué ha de ser ella peor que tú, aunque en su pasado no haya tenido, no sólo carruajes ni abuelos, sino ni padre ni madre?
- BARÓN Tú tienes sangre fría. Pero yo, yo no tengo carácter.
- SATÍN Pues búscate uno, que siempre es bueno tenerlo. (Pausa.) Nastja, ¿cuándo vas á ir al hospital?
- NAST. ¿Para qué?
- SATÍN A ver á Natacha.
- NAST. ¿Ahora preguntas por ella? Salió hace tiempo... ha desaparecido. No sé la encuentra por ninguna parte.
- SATÍN ¿Con que ha desaparecido?
- AND. Estoy deseando saber si Pepel meterá en el lío á Basilisa ó si ella le liará á él.
- NAST. ¿Basilisa? ¡Esa se libra! ¡Es muy lista! A Pepel seguramente le mandarán á trabajos forzados.
- SATÍN El homicidio en riña no tiene más que prisión.
- NAST. Sería mejor á trabajos forzados. Allí deberían mandaros á todos... Deberían barreros como un montón de basura y echaros en una fosa.
- SATÍN (Con admiración.) ¿Qué te pasa ahora? ¿Te has vuelto loca?
- BARÓN ¡Yo te arrancaré la lengua!
- NAST. ¡Prueba!
- BARÓN (En tono de amenaza.) Ya lo creo que probaré.
- SATÍN ¡Déjala! ¡No la toques! No ofendas á la humanidad en ella! (Riendo.) ¡Vuelvo á acordarme del viejo! ¡No ofendais á los hombres, decía! Y cuando me han ofendido hasta no poder más, ¿qué debo hacer? ¿Perdonar?... ¡No, nunca!
- BARÓN (A Nastja.) Acuérdate de que yo no soy un semejante tuyo.

- NAST. ¡Ah, tú!... ¡Desgraciado! Tú vives de mí... como el zángano de la miel. (Todos rien.)
- AND. ¡Estúpida! ¡Pues no se compara con la miel!
- BARÓN. ¡Es desesperante una idiota como ésta!
- NAST. ¿Os reís? Pues no teneis de qué reír.
- CÓM. (Con seriedad.) Escuchadla.
- NAST. ¡Si yo pudiese por un momento!... Os hacía así á todos. (Coge una taza de la mesa y la tira al suelo.)
- TÁR. ¿Por qué rompes la taza, imbécil?
- BARÓN. (Se levanta.) Yo le enseñaré...
- NAST. (Huyendo.) ¡Idos al demonio!
- SATÍN. ¡Ven acá! ¿A quién pretendes hacer rabiar?
- NAST. ¡Lobos! ¡Así reventarais! (Sale por el patio.)
- CÓM. (Sombrio.) ¡Amén!
- TÁR. ¡Qué bestias son las mujeres rusas! ¡Son demasiado insolentes y deslenguadas! Las tártaras... no son así... Las tártaras... conocen la ley.
- AND. Se la habrán enseñado.
- BARÓN. ¡Un ser tan vulgar!
- AND. (Probando el acordeón.) ¡Ya está! Pero su dueño no se deja ver... Ese muchacho parece loco.
- SATÍN. ¡Bien! Pues ahora bebe.
- AND. (Bebiendo.) ¡Gracias! ¡Ya es tiempo de acostarse!
- SATÍN. ¿Te vas acostumbrando poco á poco á estar con nosotros?
- AND. (Bebe, se dirige á la cama y se tumba.) Es lo que ocurre siempre... en el fondo, somos hombres... Al principio no se ve así... pero después, cuando se fija uno bien, se descubre que donde haya hombres se puede vivir. (Tártaro extiende ropa vieja sobre la cama, se arrodilla y reza.)
- BARÓN. (A Satín, señalando al Tártaro.) ¡Míralo!
- SATÍN. ¡Déjale!... ¡Es un buen muchacho!... ¡no le molestes!... (Riendo á carcajadas) Tengo el corazón tan tierno...; el diablo sabe por qué...
- BARÓN. Tú siempre te pones tierno, cuando has bebido. Y hasta eres más razonable...
- SATÍN. Cuando estoy bebido todo me agrada. ¡De verdad! ¿Reza? Por su cuenta lo hace. El hombre puede creer ó no creer... ¡Eso es

cuestión suya! ¡El hombre es libre!... Debe darse cuenta de todo, de su religión, de su incredulidad, de su amor, de su razón. El hombre es el que lo paga todo; por eso es libre... ¡El hombre es la verdad! Pero, en suma, ¿qué quiere decir hombre? Tú no lo eres, ni yo tampoco, ni tampoco éstos lo son... Por el contrario tú, yo, éstos, el viejo Lucas, Napoleón, Mahoma... ¡todos juntos, lo son. ¿Has comprendido? ¡Es cosa grande! Es algo donde se esconden todos los principios y todos los fines... Todo en el hombre... todo para los hombres. Sólo el hombre existe; todo lo demás es obra de su mano, de su cerebro. ¡El hombre! ¡Es magnífico! ¡Suena con tanta majestad! ¡Hombre! (Ahuecando la voz.) ¡Hay que respetar al hombre! No compadecerle, no humillarle con la piedad... Bebamos, pues, á la salud del hombre, Barón. ¡Qué hermoso es sentirse hombre! Yo soy un expresidiario, un homicida, un tunante, sin duda. Cuando voy por la calle la gente me mira como si fuese el mayor criminal; se paran delante de mí... se vuelven para mirarme... y á menudo me dicen: «¡Bribón! ¡Canalla! ¿Por qué no trabajas?» ¡Trabajar! ¿Para qué? ¿Para morir de hambre? (Ríe.) He despreciado siempre á los hombres que se preocupan demasiado del hambre. ¡Lo principal es el hombre! ¡El hombre está más alto que el estómago lleno! (Se levanta.)

BARÓN (Mueve la cabeza.) Tú miras así las cosas... Está bien. Tienes energías... A mí no me está permitido eso... (Se mira á sí mismo.) Algunas veces tenía miedo de perder el valor, porque me preguntaba: ¿Y luego?

SATÍN ¡Tonterías! ¿De quién ha de temer el hombre?

BARÓN Por lo que yo puedo recordar, parece que he tenido siempre mi cerebro en medio de una niebla... No sabía lo que me ocurría... ¡Quién sabe! Yo he estudiado... he llevado el uniforme del Colegio de Nobles... pero,

- ¿qué he aprendido?... ¡Quién lo sabe!... Me casé... vestí la levita, luego la toga... ¿por qué? ¡Quién lo sabe!... Concluí todo lo que tenía, y llevaba una chaqueta gris bastante deteriorada y pantalones de piel de zorra... ¿pero cómo llegué hasta gastarlos de perro? ¡Ni siquiera la más pequeña idea!... Estuve empleado en Hacienda... vestí el uniforme, me llevé el dinero de la oficina, vestí la casaca de los galeotes y después vine á concluir aquí... Y todo ha ocurrido como en un sueño... hay para reirse, ¿verdad?
- SATÍN No mucho... yo lo encuentro más bien estúpido.
- BARÓN También á mí me parece estúpido... Pero, sin embargo, debe haber un fin para el cual yo haya nacido... ¿no es verdad?
- SATÍN (Riendo.) ¡Es posible!... ¡El hombre nace para algo!
- BARÓN Esta Nastja se ha marchado; quiero saber dónde se oculta. (Sale. Pausa.)
- CÓM. ¡Tártaro! ¡Príncipe! (Tártaro vuelve la cabeza hacia él.) Ruega por mí...
- TÁR. ¿Qué quieres?
- CÓM. (En voz baja.) Que ruegues por mí.
- TÁR. Ruega tú. (Baja rápidamente Cómico de la estufa, va hacia la mesa, echa con mano trémula un vaso de aguardiente, lo bebe deprisa y sale veloz por el patio.) Ahora voy.
- SATÍN ¡Eh! Tú, bobalicón, ¿adónde vas? (Le silba.)

ESCENA II

SATÍN, ANDRÉS y TÁRTARO. Entran ABRAHAM, que trae puesto un abrigo de mujer, y BUBNOW, ambos ligeramente borrachos. Bubnow trae en una mano un papel con pescados secos, y en la otra algunas roscas de pan. Bajo el brazo una botella de aguardiente y otra en el bolsillo

- ABR. (Entrando.) El camello es... como aquel que dice, una especie de asno; solo que no tiene orejas.
- BUB. También tú eres una especie de asno.

- ABR. El camello no tiene orejas... y oye con las narices.
- BUB. (A satín.) ¡Amigo de mi corazón! Te he buscado por todas partes. Cógeme estas botellas, que tengo las manos ocupadas...
- SATÍN Deja las roscas sobre la mesa y entonces tendrás una mano libre...
- BUB. ¡También es verdad! Tú eres... un vivo.
- ABR. ¡Todos los bribones son unos vivos!... ¡Hace mucho tiempo que lo sé! ¿Qué iban á hacer sin esa listeza? Un hombre de bien puede ser un estúpido... pero un bribón tiene que tener mucho cerebro... Pero tú en lo del camello te has equivocado... un camello es una cabalgadura; yo te aseguro que no tiene cuernos ni dientes.
- BUB. ¿Dónde se ha escondido toda la compañía? Aquí no hay nadie. ¡Hala! Venid aquí dentro; hoy convidó yo. ¿Quién está sentado en aquel rincón?
- SATÍN ¡Buena la has cogido, animal!
- BUB. ¡Ernesto! ¿Dónde está Ernesto?
- AND. (Acercándose á la mesa.) No está aquí.
- BUB. (Hace el perro y luego el pavo.) Bebe, disfruta, no bajas la cabeza; yo os dejo en libertad. Y lo hago con gusto, hermanos. Si yo fuese rico, abriría una taberna en la que todo se daría gratis. ¡Tan verdad como Dios! Con música y hasta coros. Comed, bebed, escuchadme... Venid á mí, pobre gente... á saquear mi taberna. ¡Satín! ¡Hermano! Yo te quisiera ver allá; toma la mitad de mi fortuna... ¡Tómala!
- SATÍN Dámela toda, en seguida...
- BUB. ¿Toda? ¿Toda mi fortuna? ¿La quieres? ¡Ahí la tienes! ¡Un rublo!... y luego otro... dos sueldos... y dos monedas de dos kopeks... ¡eso es todo!
- SATÍN Muy bien; yo lo guardaré mejor. (Aparte.) Ahora gano el dinero que he perdido.
- ABR. Yo soy testigo. . de que le has dado tu dinero en depósito... ¿cuánto era?
- BUB. ¿Tú? Tú eres un camello. Nosotros no necesitamos testigos...

ESCENA III

DICHOS y ALIOSCHKA que entra con los pies desnudos

- ALIOS. ¡Muchachos, me he empapado los pies!
BUB. Ven, mójate también la garganta y verás qué bien... Eres un buen muchacho... cantas y tocas muy bien. Pero no deberías beber. La bebida hace daño, hermano... mucho daño...
- ALIOS. ¡Bien se te conoce! Comienzas á ser hombre cuando has bebido... Andrés, ¿has arreglado mi acordeón? (Baila y canta.)
«Si no fuese un guapo chico fresco y amable y guasón, no tendría la madrina por mí tan grande pasión.»
Estoy helado, muchachos, hace frío.
- ABR. Oye... ¿se podría saber quién es esa señora madrina?
- BUB. ¿Y á tí qué te importa? Ya no eres policía. Estás retirado. No eres ni policía, ni tío...
- ALIOS. Sólo es el marido de la tía
- BUB. De tus sobrinas, la una está á la sombra y la otra está á la muerte.
- ABR. (se levanta.) ¡No es verdad! No está á la muerte, está sólo perdida... (Satín se ríe á carcajadas.)
- BUB. Es lo mismo, hermano. Un hombre sin sobrinos, ya no es tío.
- ALIOS. ¡Su excelencia! Tambor pensionado de la guardia. (Canta.)
«La madrina es ricachona, yo soy un desesperado, y por eso mientras pueda la seguiré enamorado.»
¡Brrr! ¡Qué frío!

ESCENA IV

DICHOS y ERNESTO. Después KWASCHNIA. Sucesivamente y hasta el final del acto, entran otros personajes, mujeres y hombres, que atraviesan la escena y van á los camastros, se desnudan y se acuestan

- ERN. ¿Por qué te has marchado, Bubnow?
BUB. Ven acá, siéntate. Cantemos un poco, hermano. Mi canción favorita. ¿No?
TÁR. Aquí por la noche se duerme; ya cantarás de día.
SATÍN. ¡Déjales, Príncipe! ¡Ven aquí!
TÁR. ¡Que los deje!... ¡Ah, sí!... tendremos espectáculo... Cantando tenemos función.
BUB. (Acercándose á él.) ¿Cómo va la mano, Príncipe? ¿Te la han cortado ya?
TÁR. ¿Por qué me la han de cortar? Quieren esperar todavía...; quizás no haya necesidad de cortarla...; la mano no es de hierro... y pronto se la despacha.
ERN. ¿Qué serás tú sin mano? Entre nosotros, lo que se necesita son brazos y riñones; un hombre sin mano ya no es hombre; sólo puede esperar que le entierren. Ven, bebe un vaso con nosotros.
KWAS. (Entrando.) ¡Hola, queridos inquilinos! ¡Qué tiempo de perros hace!... ¡Un barro y un frío!... ¿Está aquí mi gendarme? ¡Hola, brigadier!
ABR. Aquí estoy.
KWAS. ¿Otra vez te has puesto mi chaqueta? ¿Qué te ocurre? Me parece que estás un poquito... ¡eh! ¡Pues sólo nos faltaba eso!
ABR. Bubnow... cumple años... y además hace un frío... hay tanto barro.
KWAS. ¡Ya te daré yo el barro! Cuidado con pasarse del límite... Vete á dormir.
ABR. (Yendo hacia la cocina.) ¡A dormir! ¡Voy, sí, porque ya es hora. (Sale.)
SATÍN. ¿Por qué eres tan áspera con él?

- KWAS. Porque no tengo más remedio. Un hombre como él debe conservarse siempre dentro de los límites. Para algo me he casado con él. He pensado que es un militar... y vosotros unos rebeldes... Yo, como mujer, no me metería con vosotros. Pero si él empieza á beber... ¡Ah! ¡No, queridos! Eso no puede ser.
- SATÍN. Has elegido mal asistente...
- KWAS. ¡No! ¡Cá! ¡Es bastante bueno! ¡Tú no me quieres tanto!... Y si tú al fin y al cabo me quisieras, tu dominación sobre mí no duraría más de ocho días... Te jugarías hasta mi camisa.
- SATÍN. (Riendo.) ¡Justo! La jugaría.
- KWAS. ¿Y Alioschka?
- ALIOS. Aquí está. Presente.
- KWAS. Dí, ¿qué has murmurado hasta ahora de mí?
- ALIOS. ¿Yo?.. Yo sólo digo aquello de que puedo responder. Es una mujer, he dicho, una mujer sorprendente... Carne, grasa, huesos... más de trescientas libras; cerebro... ni siquiera media onza.
- KWAS. Y mientes, porque cerebro es lo que tengo más... Pero... ¿por qué cuentas á las gentes que pego á mi gendarme? (Rie.)
- ALIOS. Yo... como he visto que le arrastras por los pelos... creí que eso era pegarle.
- KWAS. ¡Qué estúpido eres! Eso se ve y no se dice. Los trapos sucios se lavan en casa y no se sacan á la vista de las gentes. Eso le pone de mal humor á él; y la bilis que le revolviste con tus chismes y cuentos fué la que le ha hecho beber.
- ALIOS. ¡Para que veas! (Satín y Andrés ríen.)
- KWAS. ¡Qué tunante eres! Dime, ¿qué haces tú en el mundo?
- ALIOS. Soy uno que sabe vivir... ¡De primera! Donde llega mi vista, llega mi corazón.
- BUB. (Yendo á la cama del Tártaro.) Ven; no te dejaremos dormir. Esta noche hay que cantar toda la noche, ¿no es verdad, Ernesto?
- ERN. ¡Hombre... bueno!
- ALIOS. Yo os acompaño.
- SATÍN. Y nosotros escuchamos.

- TÁR. (Sonriendo.) Vamos, tú, Búbnow... dame un vaso y (Canta.)
Bebamos todos,
gocemos ya,
pues que la muerte
presto vendrá.
- BUB. Dáselo, Satín; Ernesto, siéntate. Hermano, ¡qué poco se necesita para hacer al hombre feliz! Yo, por ejemplo, no he bebido más que dos sorbos... y ya estoy alegre. Ernesto, empieza tú... mi canción favorita... Quiero cantar y... llorar.
- ERN. (Canta acompañado de Bubnow.)
Sale el sol, después se pone,
queda oscura la prisión.
(Se abre violentamente la puerta apareciendo el Barón en el umbral.)

ESCENA V

DICHOS, BARÓN y NASTJA

- BARÓN (Gritando, asustado.) ¡Venid pronto, venid! Allí, fuera, en la plaza... el Cómico... ¡se ha ahorcado! (silencio. Todos miran al Barón, tras el cual aparece Nastja, que avanza lentamente, con los ojos desmesuradamente abiertos.)
- SATÍN. (En voz baja.) ¡Siempre tenía que ser ese el que nos echase á perder la fiesta! ¡Qué loco!

TELON

PULIZIA
N. 17308

